

TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO



Cómo parar setenta pájaros

Antología poética 1979-2009



Diputación
de Salamanca

CÓMO PARAR SETENTA PÁJAROS

TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO

CÓMO PARAR SETENTA PÁJAROS

(Antología poética 1979-2009)

Edición de José Manuel Trabado Cabado

Diputación de Salamanca
2009

EDICIONES DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
SERIE AUTORES SALMANTINOS, Nº 37

1ª Edición: Abril, 2009. 1ª reimpresión: Enero, 2012

© Diputación de Salamanca y el autor

© Del prólogo: José Manuel Trabado Cabado

Para información e intercambio dirigirse a:

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
Departamento de Cultura (Publicaciones)
C/. Felipe Espino, 1, 2ª Planta
37002 Salamanca (España)
Teléfono 923 29 31 00. Ext. 617
Fax 923 29 32 56
E-mail: ediciones@lasalina.es
<http://WWW.lasalina.es>

Diseño y maquetación: Difusión y Publicaciones

Ilustración de cubierta: Juan Rafael

I.S.B.N.: 978-84-7797-315-7

Depósito Legal: S. 382-2009

Imprime: Imprenta Provincial

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

Palabras en la Calle Feria

*“De siempre, hemos buscado
una relación particular con los objetos”*

*“Y cuando me encomiendo a aquella calle
que una vez contuvo toda mi vida...”*

(T. S. S.)

EXTRAÑEZA EN EL ESPEJO

En épocas en las que los nacionalismos más o menos larvados acaban acaparando parte de los discursos políticos y culturales, acaso convenga pensar, y la escritura de Tomás Sánchez Santiago sabe mucho de esto, que no hay otra patria que la infancia. Y esta patria no es una serie de lugares a los que se regresa siempre perplejo sino sobre todo recuerdos, tiempos idos que pueden, eso sí, escenificarse en la contemplación de aquellas calles en las que uno ha crecido y en las que empezó a pensar el mundo. Ese territorio, mejor dicho, ese tiempo de la infancia es primordial en la poesía de Tomás. Allí precisamente se sitúa un episodio que supone una epifanía, el encuentro definitivo con el lenguaje que acabará siendo una forma de estar en el mundo. Recuerda la fascinación que, siendo niño, le produjo el enigma de unas palabras que le propusieron que le-

yera en una barbería. Ante la incapacidad para descifrar aquel mensaje, el barbero las enfrenta a un espejo y todo cobra sentido a los ojos sorprendidos de aquel niño. La lección fue clara: las palabras tienen su revés. Lejos de ser una anécdota, este episodio ha tenido para el autor una importancia trascendental: supone abrir la puerta para instaurar en el lenguaje nuevos usos, para hacer visible el peso de cada palabra en tiempos en los que ésta parece ser devorada por los criterios de consumo, inmediatez y practicidad que la convierten en moneda de cambio banal. No deja de ser tentadora la posibilidad de traer aquí a colación un término como el de extrañamiento o defamiliarización que usaron los Formalistas Rusos para hablar de la esencia de lo literario. En la literatura vieron una forma de dar relieve al lenguaje a despecho, incluso, de su referencialidad. Para aquellos lo importante era un lenguaje que asumía el protagonismo en su forma por encima del mensaje que quería transmitir. Se hablaba entonces del valor autónomo de la palabra poética. Sin embargo, si bien es cierto que esa extrañeza ante la palabra es algo en lo que puede concordar el pensamiento del autor de *Amenaza en la Fiesta* con el credo de los Formalistas, no deja de ser menos cierto que existe en el caso de Tomás una apuesta por ir más allá de un lenguaje autónomo que se vale a sí mismo. A la extrañeza ante las palabras hay que añadir una propuesta vital que siempre ha defendido el autor en su concepción poética. La poesía no es sólo una cuestión de lenguaje sino también una actitud que se cifra en una forma de afrontar la realidad. También esta actitud nace en ese impreciso tiempo de la infancia y está íntimamente relacionada con la actividad comercial de aquella calle Feria que ocupa

un lugar central en la escritura de Tomás Sánchez Santiago¹. A propósito de los cuadros de Mezquita en los que aparecen retratados los comercios de la ciudad de Zamora, escribe Tomás recordando los niños que fueron en aquel espacio:

Bajábamos de noche hasta aquellos espacios ahora en sombra [...] y atravesábamos la penumbra de cajas y embalajes donde brillaban etiquetas y números amarrotados de tampón. No hacía falta afilar la atención: un latido unánime y un aliento revelaban allí algo. La fuerza misteriosa de la disposición de los objetos: el poder convocante de lo que va a ser útil y aún no se ha entregado a los afanes. ¿Cómo no alimentar nuestros ojos y nuestros sueños con aquella intensidad inexplicable y diaria? ¿cómo no educar la mirada y el resto de los sentidos para llegar a comprender el mundo –el significado del mundo– a través de la aparente opacidad de esos objetos, bajo la que un lenguaje cálido nos hablaba?

Así aprendimos a mirar los niños de aquella calle donde nada era inerte²

También en la infancia, entre el mercadeo y tráfico de objetos de las trastiendas nace una relación especial con los objetos menudos que tienen una importancia

-
- 1 “La patria de un hombre puede caber en una calle” Así se inicia el texto “Los dependientes” incluido en *Salvo error u omisión*, p. 70. “Aquella calle fue para nosotros la patria más veraz. Por ella paseó todo lo que después otros esquemas repitieron: la muerte, la intolerancia, el miedo, el acecho..., pero también el amor a la vida con su coro de luces, con su maravilloso ímpetu que nos dejó en los ojos una herencia de afecto por los seres, por todos los seres, que aún hoy sigue siendo propicia” (p. 72-73)
 - 2 En “Fuera de temporada”, incluido en el Catálogo *Tiendas* de José María Mezquita, Zamora, 1999, pp. 38-54. La cita está en la p. 42.

medular en esta escritura, tal y como se puede comprobar en textos de *Los pormenores* como “Frascos y herramientas”. Recuérdese a este respecto toda la sección de “Marcas”, de su libro *Para qué sirven los charcos*, que está a medio camino entre el ensayo, el diario y la poesía. Visto así, podría decirse que la imagen implícita del poeta es para Tomás alguien que sabe escuchar y mirar y que, posteriormente, utiliza las palabras para ahorrar esa mirada y llamar la atención de un lector sobre zonas que pasan inadvertidas en el tráfigo de las rutinas que todo lo desdibujan con el poder de la costumbre. El poeta posee una actitud alerta y su propósito es precisamente desmontar esas rutinas a través de una mirada cercana y detenida. En ocasiones ha declarado Tomás que el poeta no necesariamente tiene que ser alguien que escriba. Esta afirmación, lejos de ser una forma de provocar, encierra una profunda visión ética del oficio del escritor que nace ante la mirada sorprendida de lo cotidiano. En aquel mundo de comercios la mercancía no era sólo los objetos que se vendían y se compraban sino también las palabras que se intercambiaban: era el mercado de las conversaciones en las que el poeta, paradójicamente, aprendió un oficio diferente al de sus mayores. Bien significativo de todo esto es el texto “Tratado de comercio”:

Ellos no sólo llegaban a comprar a la ciudad. Llegaban a dejar palabras desparramadas encima del mostrador, palabras que apañaba con el oído caliente el chaval que en la tienda ayudaba a atenderlos. [...]

Pero para el chaval lo mejor venía luego, cuando la compra ya se había cerrado y los zapateros se sentaban a esperar en el banco de la tienda. Allí sucedían diálogos prodigiosos en los que se alternaban preguntas

sobre el oficio con otras, igual de ávidas, sobre hombres y mujeres de los pueblos respectivos [...] Era entonces la fiesta absoluta de las palabras³

La importancia de este texto se puede constatar en el hecho de que ha sido incluido posteriormente dentro de la novela *Calle Feria* (pp. 474-476), *summa* de géneros y escrituras que tantos puntos de contacto tiene con su poesía, novela que por cierto el autor pensó en titular en un primer momento *Tratado de comercio*. El escritor cede su memoria a un personaje de su novela y es precisamente en esa cesión cuando se destaca aquel universo lejano en el que germinó una forma de ver y contar. Mirada y lenguaje configuran, así, una poética particular que explicará la poesía de Tomás y que articulará también dos ejes temáticos de gran peso dentro de esta obra: la memoria como toma de conciencia y la capacidad de protesta insumisa contra los ritmos y ritos de una vida vacía que se imponen al hombre. Estos dos ejes temáticos están en sintonía con una doble visión del poeta ya sea entendido como individuo que apuesta por una actitud de retracción frente al mundo, ya como una voz que ocupa un espacio social y se hace oír entre el tráfago de los ruidos. Entre esos dos polos de soledad y protesta se mueve esta poesía, extremos que parecen lejanos e irreconciliables pero que se ensamblan perfectamente en un libro como *El que desordena*. En este sentido es muy significativa la cita de Dietrich Bonhoeffer que aparece en el inicio de *Para qué sirven los charcos*: “La alegría de una vida oculta y el valor de

3 Texto incluido en *Salvo error u omisión*, Caja de Ahorros de Segovia, 2002, pp. 76-80. La cita se encuentra en las pp. 76-77.



una vida pública”. La escritura no será, pues, un discurso que nace en el yo y a él se circunscribe. Posee un afán transitivo, va más allá de este sentimiento de retracción inicial para ofrecerse en un discurso público. Si mirada detenida y lenguaje intenso eran dos elementos centrales en la concepción literaria de Tomás, podría intentar relacionarse ese binomio con el espacio privado (desde el que se mira) y el espacio público que encarna la escritura en cuanto que objetivación de esa experiencia en un lenguaje que busca al otro, que remueve su conciencia a través de una experiencia compartida. Es más, parece como si ese lugar periférico, sin apenas importancia, fuera la región natural del poeta, el espacio propicio para observar lo que sucede y fijarlo transformado en lenguaje. Funciona así esta escritura a modo de instantánea fotográfica cuya misión es hacer visible lo invisible o, dicho de otra manera, ante la velocidad y las repeticiones de la rutina ofrecer una mirada detenida como sucede en el texto de *Para qué sirven los charcos*: “Desde la ventana (I)”:

El vagabundo, apostado al sol, se apoyó contra el dique de cemento y vio pasar los coches en silencio. La gente lo sorteaba con la mirada bien vuelta. No comió nada, no leyó nada. Se desperezó arqueándose mucho como un perro. A las dos horas se marchó. Por la tarde, al caer el sol, lo vi andando por la carretera de la ciudad” (p. 25)

En otras ocasiones la fusión entre esa mirada lateral y la tensión lingüística logra notables hallazgos que se deleitan en la contemplación de lo mínimo: “En invierno el poste de la luz: otro árbol ¡con nidos de loza!”.

El lenguaje, en su vertiente perversa, sirve para enmascarar la realidad pero también para hacer visible de otro modo lo que nuestros ojos no saben ver.

En este diálogo entre la mirada y la palabra, entre el espacio público y privado puede situarse gran parte de la obra de Tomás Sánchez Santiago, una obra que posee un carácter orgánico y que desarrolla, dependiendo del género, una serie de modulaciones diferentes asentadas, eso sí, sobre temas y actitudes recurrentes que la dotan de una gran coherencia; coherencia que hay que situar en la línea de la actitud ética con la que se enfrenta al mundo y que remite a una centralidad del sujeto que produce ese discurso.

Esa sístole y diástole que define la combinación entre lo público y lo privado posee diferentes intensidades en según qué obras. Si bien es cierto que en los libros iniciales como *Amenaza en la fiesta*, *La secreta labor de cinco inviernos* o *En familia*, aunque éste pueda ser visto como bisagra entre lo individual y lo comunitario, poseen un marco de acción circunscrito en el mundo de lo propio, otros como *Ciudadanía* o *El que desordena* presentan un mayor alcance y exceden el ámbito del yo para preocuparse por el otro. Lo mismo ocurre en *Para qué sirven los charcos*, en las secciones “Diario del excedente” o “Marcas” –que señalan, la primera, un movimiento centrífugo y otro, la segunda, centrípeto– o en *Los pormenores* donde se sucede esa simbiosis de lo propio y lo ajeno, de la intimidad y lo público. Precisamente en *Los pormenores* se observa esa alternancia que encarnan secciones como “Los pormenores” –que da título al libro– más volcada hacia lo memorialístico, diálogo que entabla el escritor con lo que fue su infancia, y que tiene su contrapunto temporal en “Lumbre baja”, que se acerca más al pre-

sente y a la contemplación de las historias mínimas de gente anónima que son rescatadas del olvido.

Es, pues, la escritura de Tomás una red de diversas modulaciones que poseen entre sí un evidente aire de familia. Las “historias mínimas” que protagonizan la sección de “Lumbre baja” de su libro *Los pormenores* no distan mucho de las mostradas por algunos textos de *Para qué sirven los charcos* y podrían emparentarse sin mucho esfuerzo con el mosaico de historias cotidianas de su novela *Calle Feria*. Personajes de esta novela como Herminio bien podrían encarnar ese espíritu de lumbre baja, de intensidad emocional convenientemente atemperada: alguien desconocido para los demás pero que es capaz de ejercer una fascinación total sobre quien sepa escucharlo. Todo es cuestión de afinar la mirada y el oído. Por otro lado, en ese tráfico de mercancías de los comercios había un gusto por las palabras y su precisión que el poeta pone muy en sintonía con su labor escritora. No sólo esas precisiones a la hora de referir los materiales y usos comerciales son palpables en su novela sino que también existe un gusto por los mecanismos más sutiles del lenguaje, como se puede deducir de la discusión que establecen varios personajes en la novela en torno al término “sereno”/ “serano”. La propia voz narrativa muestra cierto registro ensayístico cuando realiza una cartografía de la onomástica comercial del barrio en el inicio de la novela. Bucea en el secreto sonido del nombre de las diversas tiendas o cafeterías. Los nombres eran entonces para aquellos niños de la calle Feria portales hacia un reino de la fantasía, la posibilidad de evasión de una ciudad adormilada en sus ritmos neutros y asfixiante rutina. También en *Calle Feria* hay un gusto por la vertiente lúdica del len-

guaje en capítulos-relato como el que lleva por título “Monodia de la e”, ludismo todavía presente en el título también monódico de aquel relato fundacional “El descendiente”. Omnipresente es la preocupación por cómo deben ser contadas las historias. Herminio resulta ser un narrador magnífico y, por otro lado, la sección titulada “Muñoz y yo” traza las andanzas de dos niños de la Calle Feria que jugaban a contarse historias.

LA ESCRITURA DESDOBLADA

En varias ocasiones Tomás ha definido la poesía como un “acto de escucha”⁴. La palabra poética se asocia desde sus inicios al canto pero no hay que presuponer una estética preciosista o envarada en los artificios métricos y sonoros. La suya es una música de fallos⁵, en la

4 Así lo defiende en el ensayo dedicado a Valente titulado precisamente “Acto de escucha”, en *Zurgai* Julio de 2001, pp. 46-50 en el que se rastrean pasajes del propio Valente donde se relacionan poesía y escucha. También en una entrevista realizada por Víctor M. Díez, declaraba Tomás Sánchez Santiago: “la primera responsabilidad del poeta es escuchar, antes que asumir el rol de quien posee las palabras”, en el Suplemento *Culturas*, nº 4 de *Tribuna de Salamanca*, 28 de noviembre de 2004, p. 3.

5 A modo de pequeña muestra podrían servir textos como los siguientes de *Para qué sirven los charcos*: “En casa no hay animales y estoy solo. Pero viene una compañía inesperada de los aparatos electrodomésticos: el abejeo de la lavadora, que han dejado encendida; el sorbo de la lechuga que hace la nevera cuando abre la compuerta del congelador; el bufido del ascensor, largo e inquietante como las bocinas destempladas de los trenes. Estas infiltraciones, que a veces me acosan, hoy vienen a buscarme, a tenderme una música que las rescata del limbo blanco en que persistían” (pp. 118-119). Cabe leer estos textos teniendo presente el titulado “Ruidos” incluido en *Salvo error u omisión*: “Debajo de los sonidos, los ruidos. Alzamos la plantilla a las palabras y allí están, como un montón de sombra

que se articulan los ruidos de los vecinos, las grietas de la casa, los rumores de una calle vacía que tendrán su refrendo en una apuesta decidida por camuflar las sonoridades y eso puede detectarse también en el plano meramente expresivo. En ocasiones hay versos como el endecasílabo e incluso el alejandrino pero están tan digeridos en la naturalidad del discurso gracias a continuos encabalgamientos que disfrazan lo distintivo del verso para acercarlo a una prosa en tensión. Podría hablarse de una métrica latente, convenientemente disfrazada y de un uso del encabalgamiento como herramienta fecunda en esa actitud de molestar el lenguaje, de imponerle otra voz. A pesar de las diferencias establecidas por el propio autor entre poesía y narración⁶, se evidencian conexiones no sólo temáticas sino también retóricas entre ambos cauces de expresión. Parece como si la escritura no entendiera de clasificaciones: escribir como verbo que no admite más precisiones. En este sentido pueden ensayarse más travesías entre los diversos recodos de la escritura de Tomás. No sé si es la visión más adecuada pero resulta seductor anclar esta escritura en capas más hondas. En ocasiones Tomás ha referido una suerte de sentimiento de culpabi-

que nos mira. Nosotros no comprendemos su música silvestre, embarcada en otra armonía secreta, pero estos ruidos de fama oscura proclaman la verdad última de las cosas” (p. 57). Se puede asimismo recordar el texto de *Los pormenores* titulado “Los ruidos de la mañana” (p. 53).

- 6 “En el verso, las palabras se hacen brillantes como si fueran lucecitas de colorín que se van encendiendo a medida que se leen y permanecen titilando hasta alumbrar todo el poema; en el relato o la novela, en cambio creo que deben incendiarse también, pero para apagarse de inmediato y no estorbar el flujo de la corriente de la literatura” (*Para qué sirven los charcos*, p. 167).

lidad, de cierta traición por haber abandonado el oficio de sus mayores. Cobran así pleno sentido versos como los que cierran el poema “Genealogía” de *En familia*: “Mas ninguno anduvimos / a la llamada listos, / y sólo desde lejos asistimos / a un paisaje de seco material, / alambres / y balanzas polvorientas / que medían, / ponderaban sin saberlo / la longitud y el peso / de vuestros regateos en nosotros”. Precisamente ese mismo sentimiento alentó en su momento la escritura de un relato, entonces independiente, como era el titulado *El descendiente*⁷. Pues bien, este mismo relato fue una espoleta en torno a la cual cristalizó el proyecto narrativo de *Calle FERIA* (pp. 499-530). Allí se hablaba de cómo liquidar la casa y los negocios de los abuelos, herencia no asumida como continuidad en el oficio por parte de la familia. El cuento tiene una deriva hacia lo misterioso y lo gótico pero en él se halla inscrito un mismo impulso creativo que alumbró parte de su poesía. Además, la novela *Calle FERIA* incorporó elementos que en lo vital arraigan en la memoria personal de Tomás Sánchez Santiago pero que en lo literario ensayan registros muy diversos. No sólo se asumen textos como “Tratado de comercio”, publicado como artículo periodístico en *Salvo error u omisión*, sino que también se crean pasadizos que unen la novela con la labor investigadora de Tomás Sánchez Santiago. Capítulos como los dedicados a Lorca o Delhy Tejero⁸ así como la aparición de Berdión en la narración de Herminio suponen el envés

7 Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1992.

8 Me refiero a los capítulos-relato “El día que Lorca entró en la tienda” y “Una muchacha y una maleta”.

narrativo de su trabajo de investigación sobre la vanguardia en Zamora⁹.

Curiosamente, entre estas conexiones podría verse la sintonía establecida entre poesía y narración en lo referente a lo que podría denominarse tiempos de la retracción, como es el invierno. Así acaba el poema “Poética del invierno” que inicia su libro *La secreta labor de cinco inviernos*: “No debo a nadie tanto / como le debo al frío. Esta destreza / limpia, derecha que en los días / color a queso puro nos retrasa / la sed y nos descambia / la costumbre inocente de sudar, / me basta para todo. / Me basta / ocupar la fama mala de estos meses / con palabras robadas entre todos, / y a sabiendas / de que nada es seguro / en este reino; y menos todavía / flotar en su ceniza”. No está de más hacer saber que en una versión previa a la publicación, la parte de *Calle Feria* titulada “Muñoz y yo” llevaba por título “Juegos de invierno”. Esa retracción del invierno y la consiguiente cercanía con las cosas está presente también en el texto de *Los pormenores* “Fracos y herramientas”. En aquellos días lluviosos aquellos muchachos se encerraban en los comercios y “como si no nos sirviese de nada ninguna otra cercanía, buscábamos la compañía seca y exacta de las cosas” (p. 31)

Las confluencias se instauran en el seno de esta escritura orgánica y a veces se hacen evidentes. Algunos poemas parecen haberse desdoblado en otro tipo de textos breves que funcionan a modo de apuntes o quizás habría que pensar que de esos vistazos que pueblan las libretas de quien mira todo conoplejidad nazcan

9 *Zamora y la vanguardia*, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2003.

luego reelaboraciones con más carga simbólica que toman forma de poemas. Son buenas muestras textos como “Uno que no descansa”, poema incluido en *El que desordena* pero también texto en prosa de igual título incluido en *Los pormenores*; de igual modo “Eterna vendedora”, perteneciente al libro *Amenaza en la Fiesta*, está estrechamente emparentado con otro texto de *Los pormenores* titulado “Churrera con mitones”. En ambos casos estamos ante una práctica muy similar pero con resultados diferentes. Se trata de un desdoblamiento de una misma anécdota en dos realizaciones diferentes que implican una concepción poética distinta. Cada una de estas visiones tan dispares tiene que ver, sobre todo, con el tiempo en el que se escribe. Mientras que el lapso temporal entre “Eterna vendedora” y “Churrera con mitones” es grande, más de veinticinco años, la distancia entre los diferentes textos de “Uno que no descansa” es mínima.

El poema “Eterna vendedora” forma parte del universo temático de *Amenaza en la fiesta*. Hay en este libro de 1979 lo que parece una toma de conciencia de lo que supone el paso del tiempo, algo curioso si se piensa en que se trata de un libro de juventud. “No es el tiempo negocio conveniente / y sí trampa mortal” declara en su primer poema titulado “Amenaza primera”. Sobre esta trama temporal se asentarán algunos de los temas que tendrán un gran peso en la obra de Tomás Sánchez Santiago, como puede ser el binomio memoria y olvido. La única esperanza que cabe es la de “embalsamar la luz en la memoria”. Pero recordar sigue estando asociado al dolor y de ahí la insistencia en la necesidad del olvido. “Mejor es olvidar” se dice en el inicio del poema “Basura”; y así termina “La lengua es un himno oscuro

que no crece”: “y llegará el olvido a las palabras / como una melodía / que, cada vez más, huye.” También en esta línea cabe entender el final del poema “Los últimos recursos”: “No comprender ya nada / que no sea el lento deterioro / de los actos, esperar como mucho / muerte muda / en la serenidad de un dulce sueño / y entregarse al olvido sin reservas”.

La importancia de este tema no decrece en la obra posterior. Toda una sección de *La secreta labor de cinco inviernos*, la titulada “Comarca levantada a un solo grito”, se vertebró sobre esta dialéctica memoria/olvido. Persiste la idea de la destrucción que implica el paso del tiempo. Sus recuerdos pugnan por encontrar la palabra pero “No saben que no hay remedio / y que un humo los disuelve / como a una carne de hielo. / Qué de poco va a servirles / este empujón carnicero / contra el revés del olvido: / ¡Olvido, a ellos, a ellos, a ellos...!” y todo ello tiene su continuidad en el final del fragmento 3: “¡Cuánto empujón de viento se merecen / los años vividos hasta perderse / por las alcantarillas del olvido! / Debiéramos pegarle fuego a todo / y si al volver la cara temerosos / sólo avistamos un solar que calla, / no empuñar más ramal que la memoria”. Esa idea barroca de la temporalidad destinada al acabamiento cristaliza en versos del fragmento final, el número 9: “Sin embargo, / debemos comprender que es buena renta / esta fuga implacable, aun a sabiendas / de que lo bienamado nos va en ello / también. Pero compensa el rendimiento / que esta hueca región devuelve porque / quizás la perfección no se completa / sin olvidar de cuajo”. Aun así y dentro de esta dinámica, la escritura tiene la labor paradójica de proponer el olvido pero ser ella misma herramienta de la memoria: “La memoria es un grifo

malcerrado /donde el pasado vela” advierte el propio poeta. Precisamente ese goteo de la memoria fecunda ciertos símbolos a los que el poeta se aferra para establecer un diálogo con el pasado. La “eterna vendedora” se configura de este modo como una confidente de esa angustia de saberse expulsado del tiempo feliz de la infancia. Esa salida del territorio central que suponen tanto la calle como la casa y del tiempo de la niñez obliga al poeta a tomar la palabra. Esa exclusión es una forma de activación del discurso. También la ansiedad por recuperar el tiempo perdido explica el miedo a no ser reconocido por esta vendedora de la infancia: “Hoy no vayas a decirme / que no me reconoces. Soy yo. Créeme. Ocúltale / a la vida tus oídos como la caracola / que no repite al mar / y créeme”. La vendedora trasciende, pues, lo puramente anecdótico para convertirse en receptora del poema pero también en un símbolo, punto de anclaje con la infancia y testigo de esa expulsión que protagoniza esa “mano invisible” del final del poema que convoca a aquellos niños que compraban las golosinas “al corazón adulto de la vida”. Ese hilo temático de salida o expulsión del reducto de la infancia tiene continuidades en otros textos como “Adolescencias”, de *Amenaza en la fiesta*, o “Entonces era entonces” o incluso en “Ah, las despedidas” de *Los pormenores*. Si se compara “Eterna vendedora” con el texto de “Churrera con mitones” es palpable la afinidad temática y de intención. Sin embargo, la enorme distancia temporal propicia otras circunstancias personales, otra forma de examinar el pasado y, por ende, otro tratamiento de esta figura. Existe una mayor precisión contextual, precisión que el poema omite porque no se debe tanto a la lógica que preside toda narración. Así, la descripción de aquella costumbre de despertarse con los gritos de la

churrera que ofrecía su mercancía nada más amanecer, el bosquejo de su aspecto físico y sus maneras indican cambios relativos al distinto cauce expresivo utilizado —el poema frente al breve texto en prosa de difícil catalogación genérica— pero también ofrece una actitud diferente. La figura de la vendedora ya no es testigo de un discurso angustiado por el paso del tiempo ni una forma simbólica de aferrarse a un mundo al que ya no se pertenece. En el poema “Eterna vendedora” esta figura parece ser una coartada para una indagación en el “yo” pasado y en el tiempo irrecuperable. Frente a ello en “Churrera con mitones” se cambia radicalmente el punto de mira y la actitud. No existe esa inquietud de quien se sabe recién expulsado de un lugar sino la delicada complacencia en el recuerdo que, desde la distancia y la aceptación del tiempo, salva los vestigios que sobrenadan a los naufragios de la vida. No hay dolor sino placer en el recuerdo. No sólo el cambio se refleja en el distinto ángulo de visión sino también en lo contemplado. Esa vendedora deja a un lado su valor retórico de legitimar un discurso elegíaco y sumido en el dolor al ser el mudo testigo para ser ahora la verdadera protagonista que crea un mosaico de recuerdos de otro tiempo y otro lugar. Es posible observar un desplazamiento en los roles del discurso. Esa vendedora pasa de testigo a protagonista y el “yo” sufre un desplazamiento en sentido inverso: su protagonismo se ve diluido en pos de una función de testigo que ahora salva ciertos episodios de su biografía a través del recuerdo. El poeta no se examina a sí mismo sino que a través del ejemplo de los demás conoce más hondamente los recodos de la vida. Frente al dolor del poema hay comprensión y serena aceptación del recuerdo en el texto en prosa; ante la angustia del poema se instaura ahora

en “Churrera con mitones” una nueva filosofía que tiene que ver con el recuerdo de las lecciones vitales de gente anónima. Así termina: “También entonces debíamos haber entendido su grito, el grito blanco y roto que de vez en cuando partía el aire como la cáscara crujiente de un fruto que sólo viene a poner en el corazón desvalido de los recién levantados compañía y temperatura”. Existe una experiencia diferente que articula una visión también diferente de las cosas que, a pesar de su repetición, se van modulando para ir haciendo crecer una escritura que parte de una serie de núcleos esenciales para convertirlos en algo más complejo.

Este cambio que va del “yo” al otro, que hace oscilar en una dinámica diferente el espacio privado de la retracción hacia lo público del encuentro con las cosas y las gentes, puede tener que ver con una serie de textos y con un libro que ocupan un lugar de especial significación en la poesía de Tomás. Me refiero a textos como “Mi padre se hace viejo”, cuyo valor ha destacado convenientemente García Jambrina, y a un libro como *En familia*. Es verdad que un poema como el mencionado tiene una historia que atesora lo importante que puede ser desde un punto de vista tanto vital¹⁰ como

10 Este poema apareció publicado inicialmente en *La secreta labor de cinco inviernos*. Allí estaba enmarcado entre dos fechas que son las de inicio y fin de su redacción: 1979 y 1983. Luego pasará a formar parte, por razones obvias, de *En familia*. Respecto a las circunstancias vitales que acompañaron su escritura refiero las palabras que a él dedica en *Para qué sirven los charcos*. Tras explicar la posibles relaciones inquietantes entre la escritura y la vida, y cómo por una suerte de increíble relación *mágica*, aquélla puede influir en ésta ya que cada vez que retomaba el poema el estado de salud de su padre empeoraba, acaba concluyendo: “Ni veo ni quiero más explicaciones que ésta de la propia vida, que nos devuelve en oleadas los hechos tal y como los habíamos nombrado nosotros.” (p. 151).

literario. Será, precisamente, en el campo de lo literario donde esta nueva veta propicia una apertura hacia el otro y donde la memoria no sea algo doloroso sino el instrumento eficaz para realizar un encargo. Contar por los otros lo que éstos no han podido, como de modo explícito señala el final del poema: “Habla, pues, por mí. Di que es un pozo /que apenas atestigua, mi memoria, / mis labios nada pisan hace tanto / y empiezo a hablar de otro modo, hijo mío”.

Ese cambio del “yo” por el otro propicia en cierta manera la distancia expresiva que existe en ese desdoblamiento de “Eterna vendedora” en “Churrera con mitones”.

Otro de esos desdoblamientos y trasvases que articulan esta escritura está conformado por dos textos de igual título: “Uno que no descansa”. En este caso y a diferencia del anterior, la distancia temporal es presumiblemente breve y no se evidencia ese cambio vital objetivado en una nueva forma de mirar y referir lo contemplado. Podría pensarse en el texto de *Los pormenores* como anterior, apunte de libreta tan característico en la obra de Tomás Sánchez Santiago, en la línea de la sección “El diario del excedente” de *Para qué sirven los charcos*. Es un fognazo: el encuentro con una persona que destaca por ir siempre corriendo. El apunte de libreta sirve como cedazo para ir atrapando esas menudencias. Es la escritura en función de su carácter de fijación. Son episodios de apariencia intrascendental pero que por el hecho de haber dirigido ahí la mirada se magnifican, provocan su propia resonancia. Quisiera pensar en el poema como fruto de esa resonancia, una forma de escribir esa lectura, un palimpsesto que se adentra en la médula del texto de libreta. Frente a

la constatación externa del texto en prosa que ofrece ciertas aclaraciones, el poema supone una reflexión a posteriori sobre el hecho; de ahí esa interrogación retórica que marca el carácter reflexivo del poema: “De qué recado escapa éste que cada día / se refugia un momento en el bar, bebe sin modos / y luego continúa / reponiendo en los pasos un secreto / dibujo”. Al margen de que esa incidencia retrospectiva marque una forma discursiva, este anónimo personaje se convierte así en un recipiente simbólico de algunos recodos de la condición humana. Su figura se inviste de esa “rebeldía” que rehuye las moderaciones de lo normalizado. Es quien, además, se asocia al sueño, al silencio: “y apenas si se frota / con la musculatura de los sueños, / huye / de lo real endurecido / y pasa / a nuestro lado / empujando su oscura mercancía”. También establece lazos secretos con quien lo contempla. Todos parecen haberse ido con él cuando éste se aleja corriendo. Este incansable corredor es a su manera otro que desordena, que se inviste de un aura contestataria contra lo preestablecido. La suya no es siquiera protesta explícita ni gesto altisonante más cercano a lo teatral. No quiere persuadir, su oficio no es la palabra; son sus gestos, su forma de estar en el mundo lo que la mirada del poeta rescata para poner en un primer plano su carácter extraviado, su forma de mostrar la diferencia y lo que ésta conlleva de separación. Parece, así, que de esa escritura humilde, menudencias en prosa, se erige una figura que trasciende lo puramente circunstancial. En el texto de *Los pormenores* se levanta acta de una existencia mínima; en el poema se proyecta esa sombra sobre una serie de cuestiones de mucho mayor alcance. Del sujeto particular se pasa a un símbolo que nos incumbe y nos retrata,

nos incomoda el mirar. Aquel corredor deja de ser una figura secundaria en el tráfico de la vida civil para convertirse en una lección sobre las formas silenciosas de la insumisión.

LA LONGITUD DEL SILENCIO Y DEL DECIR INVERSO

Por si en la boca le cabe aún más silencio
(T. S. S.)

Si los trasvases de temas y textos de un lugar a otro no hacen otra cosa que refrendar esa profunda cohesión de esta obra, la omnipresente reflexión sobre el lenguaje, sus funciones y la relación con las palabras es otra cuestión nuclear en ésta. Si la importancia de la memoria y el olvido era algo que despertaba en su obra primera, también en *Amenaza en la fiesta* aparece con claridad esta cuestión. Arranca todo ello con la idea de la esterilidad del lenguaje como se pone de manifiesto en el poema “La lengua es un himno oscuro que no crece” en el que se plantea la incapacidad de la palabra para referir la realidad. Todo es estéril: “Será prolijo amar, ardua / tarea la de embestir la vida y los sonidos, / todo baldío / si ha crecido al húmedo abrigo / de la lengua”. La figura del poeta pasa a ser la del torpe, como confiesa en “Tango del torpe”: “no sé hacer nada, nada sino inventar / la sangre en los tinteros o hilvanar / a duras penas el armazón / escaso de mis años”. En *La secreta labor de cinco inviernos* toda la segunda sección –la titulada “Memorándum”– desarrolla e incide en estas preocupaciones por el lenguaje. Está latente un peligro con respecto a la escritura: el de convertirse en algo mecánico que, una vez aprendido, puede ser reproducible. Es la tentación

de que la escritura se guste a sí misma, una “delicatessen” tal y como afirma un poema, un “ejercicio de estilo” autónomo, secuencia de palabras que se mueven por mecanismos internos pero que no son capaces de capturar lo externo a ellas. La poesía podría verse convertida así en un “oficio” investido de trucos y tretas. Todo ello plantea una evolución de quien había advertido la brecha entre la palabra y el mundo, de quien no sabía hacer otra cosa que disponer palabras. La escritura amenaza con convertirse en palabrería y el escritor en un sofista: “Como un ave que hubiese comprendido / que es paraje abonado a alijos fáciles, / has aprendido mucho y dispones / añagazas, planeas señuelos cómodos / con estilo de quien sabe estrategias / para no remojar el corazón / en agua más difícil que esta tinta / de sueño del poema.”. Visto así, no sé si esta sección debe plantearse como un credo poético o más bien como una cartografía de los riesgos que implica la inercia de una retórica aprendida como habilidad¹¹. Por eso es sumamente elocuente el final del poema “Conclusión y recuento”: “irremediablemente igual todo termina / por dar en la costumbre. / Y del encontronazo, una enseñanza: / mengua el asombro cuanto crece el hábito”. El poeta se plantea una radical duda y problematiza toda su actividad que puede ser vista como “un vicio”. El problema reside en seguir vendiéndose a las palabras. Esa conciencia de la esterilidad y posible facilidad retórica del discurso poético ve en el silencio una posible solución, tal y como plantea el poema “Longitud del silencio” que tiene su razón de ser

11 Según declara el propio autor estos poemas fueron escritos a principios de los años 80, teniendo presente la obsesión esteticista de los “Novísimos”.

en la ambigüedad del sintagma “mide tus palabras”, en su doble acepción de dominio artesanal y de invitación al silencio. En cierto modo podría llegar a ser fructífero emparentar la necesidad del olvido planteada en los pasos iniciales de la poesía de Tomás con la desconfianza generada en torno al lenguaje: borrar los recuerdos camina de la mano de esa actitud de alerta y cierto distanciamiento con respecto a las palabras. Las palabras del propio poeta refrendan esta relación ya que en un texto leído en la Universidad de Salamanca en 1983 titulado “Fin de trayecto” se planteaba la posibilidad de abandonar la escritura:

Descubrí, pues, que la poesía no era sólo arte sino también maña, o sea, una artimaña que cada cual luego usaba como le apetecía y que yo utilicé para salvar mi pasado ya convertido en papilla mental, haciendo a cada poema un justificante, un certificado [...] a fin de hacer cierto de nuevo, siquiera fuese por medio de palabras, aquello de que el Tiempo se había encargado y antes que se lo traspasara al Olvido.

Recordar y olvidar, escribir y callar son términos que tensan la voz poética de Tomás en sus inicios.

Todo esto cabe ponerlo en relación con la vocación ética que se le exige al discurso poético. El poeta se mueve entre incertidumbres y debe estar preparado para el abandono de la escritura. Así se expresaba en la entrevista que le hace en 2003 Natalia Carbajosa: “El poeta es alguien que sabe que tiene que dejar de escribir, no trabaja como un novelista que cada tres años entrega una novela. Yo lo comparo con un contratado a tiempo parcial o un fijo discontinuo. Acabas un libro

y no sabes si se te acaba la voz, si escribirás otro nuevo al cabo del tiempo... Desde este punto de vista, haces sólo lo que tienes que hacer, y siempre acosado por la incertidumbre. Es preferible dejar de escribir conscientemente, como Rimbaud, y no se deja de ser poeta por ello, que convertirse en un virtuoso de la técnica. En este sentido estoy convencido de que hay poetas que no han escrito una sola línea y, por el contrario, escritores de amplio currículum que no son poetas”¹².

La preocupación por el lenguaje también atraviesa el territorio de *El que desordena*. Allí hay poemas como “Tampoco era esta vez” que indaga en la palabra que pudiera salvarlo; como Sísifo en su particular infierno del lenguaje el poeta debe reiniciar su destino para fracasar siempre. Quizás sea, paradójicamente, ese fracaso continuado de la palabra el que siga haciendo posible el próximo intento. También es relevante para este aspecto otro poema como el titulado “Nuevas preocupaciones”, donde se ensaya una nueva vuelta de tuerca sobre la distancia que hay entre el referente y sus signos. El poeta es capaz de activar el proceso creador, su mirada sigue escrutando los lugares adecuados pero falla el sistema de signos para formalizarla. En ese tránsito vuelve a aparecer el fracaso. El poeta se va a buscar las palabras a los apartaderos, otra vez insiste en su conciencia de exterioridad, pero cae de nuevo en la lucha entre hablar y no poder decir lo que se quiere. Las palabras, en otra expresión que bien pudiera entenderse de forma dilógica, se van de la lengua; es decir

12 Natalia Carbajosa, “Entrevista a Tomás Sánchez Santiago”, en *Empireuma*, OrihueLa, verano-otoño, 2003, pp. 28-30. La cita pertenece a la p. 28.

hablan (primera acepción) pero no encuentran acomodo dentro del discurso (segunda acepción): “Pero ellas, descuadradas e insolventes, continuarán ardiendo como frutos rodantes, / sigilosos, / que bajan por el río y desconocen / un destino que se va / de la lengua.”

También dentro del grupo de poemas aún inéditos el silencio hace su aparición. Un poema como “Toca, toca mudez” retoma esta preocupación: “No tengo de mi lado al lenguaje”. Esta idea recurrente en la que el poeta se ve abandonado por el lenguaje ha sido plasmada en diferentes registros como ya se ha visto: en una poética que acompañaba a una lectura de poemas en los años 80, en cierto número de poemas que aglutinan la tensión entre palabra y silencio y, también, en otros espacios como el misceláneo libro de *Para qué sirven los charcos*:

Una notable predisposición por mi parte a ahuecar el ala en cuanto pueda considerarse literatura (lecturas, trabajos, escritura...) me hace alejarme de las palabras. De cuando en cuando me sucede y nunca he hallado el porqué. Es una reticencia ante todo [...] que me obliga a no tomar determinaciones literarias, argumentando bajo capa razones de desorientación (p. 148)

También ese abandono del lenguaje está instaurado en la misma esencia de la construcción poética. Tomás ha recordado en alguna ocasión la idea de Valéry de que los poemas no se acaban, se abandonan. Igual de significativa es la frase de Samuel Beckett que el poeta zamorano asume en su texto “Días felices” de *Los pormenores*: “Sé previsor, sé previsor para el día

en que las palabras te abandonen”. La noción de silencio y abandono tiene una especial importancia no sólo en la poética de Tomás sino en su forma de acercarse a ciertos poetas que hace converger con su mirada acerca de la poesía. Tal es el caso del ensayo que le dedica a la obra de Westphalen. Allí decía: “Poeta no es quien es capaz de predisponerse a escribir un poema, sino quien es capaz de abandonarlo a tiempo”¹³. También en este ensayo fija su atención en “la obsesiva fidelidad de Westphalen al silencio por encima de cualquier otra manifestación” (p. 31) para destacar un poema como “Vuelven las hormigas”. Curiosamente, de este poema de Westphalen toma un verso: “Vuelven las hormigas a animarse en tu boca” que figura como cita preliminar en el poema “Tampoco era esta vez”, incluido en *El que desordena*. Precisamente en *El que desordena* podría darse una variación poética que pudiera estar relacionada con una forma de silencio que resulta de violentar el lenguaje consabido. Cuando esa crisis en el lenguaje se desvincula de un territorio puramente personal y se proyecta sobre el territorio de lo “social”, la poesía trabaja de una forma combativa, una maniobra para alertar sobre los lenguajes como formas de opresión y enmascaramiento. Dicho sea de paso, esta actitud está muy presente en otros escritos de Tomás en los que se analizan las perversiones del lenguaje. Cabe recordar algunos textos de *Los pormenores* como “Venenos eufemísticos”, “El lenguaje al vacío” o “Las ilusiones

13 “Ejemplo Westphalen”, en *Falsirena*, 1 (Enero 2002), p. 27. No está de más recordar la figura de Miguel Berdión, músico zamorano, que ocupa buena parte de la narración hecha por el personaje de *Calle Feria* Herminio. Es otro que también abandona su lenguaje, en este caso la música.

onomásticas” que muestran la mirada alerta ante esos usos públicos de un lenguaje que pretende ocultar más que mostrar.

En el caso de *El que desordena* esa alerta se manifiesta en la abundancia de las palabras con el prefijo “des-”. El poema inicial acaba: “El que enciende la lengua / y desordena”. Hay otros poemas como el titulado “Pasión del desencuentro” con un final bien significativo: “últimos adjetivos / que cuidan la tardanza, / que se desencaminan / y van a un desencuentro con las cosas”. De igual modo el poema que se inicia con “Esta ciudad, / llena de perros neutros y de árboles” posee como aldaba repetitiva la negación y finaliza con un contundente: “el lento lengüetazo de una Norma. / Que aquí no nombraré”. El final del libro no deja lugar a la duda. No es casual que la última palabra sea “desdecir”: “la inversa inflamación / de desdecir”. Parece como si esta forma de “des-decir” fuera el envés de la moneda, la forma “inversa” (otra palabra recurrente en el libro) de ese silencio que en el plano de lo personal acecha a la palabra poética. Frente al lenguaje pacato y convencional de las medianías parece erigirse otra forma de nombrar o al menos de quitar el nombre de lo consabido. La doble actitud del libro puede ponerse también en relación con las citas que lo enmarcan. De Ungaretti se destaca la inocencia, patrimonio de la mirada del poeta. Contemplantarlo todo como si fuera la primera vez: “*Cerco un paese / innocente*”. De René Char se toma el afán perturbador de ese nuevo lenguaje: “*Ce qui vient au monde pour ne rien troubler / ne mérite ni égards ni patience*”. Por esta razón cabría traer aquí un texto de *Para qué sirven los charcos*: “Una solución a tanto

enigma: «¿Por qué escribir?». «Por perderle el miedo a las palabras». (p. 165).

Frente a ese “miedo a las palabras, a los juegos luminosos y crudos de las palabras” y los empleos del “lenguaje metálico y sin alma de las cifras” que Tomás dictamina como propio de esta época parece haberse apostado por un lenguaje que moleste por nombrar lo que la mirada inocente ve. Es elocuente la aparición contigua de estos dos textos en *Los pormenores*: “Dureza de oído” y “La escucha”. Así acaba el primero: “He conocido a gente así, que se ciega el oído con sus propias palabras y pretende oír el ruido que sigue haciendo la lluvia cuando deja de caer”. La respuesta viene dada a continuación: “Ya no me interesa lo que yo suscribo sino lo que me rectifica”. Un lenguaje entendido como corrección que encara y descubre la asepsia y los disfraces lingüísticos es el puntal sobre el que se asienta una forma de conciencia.

MANCHARSE DE UNO MISMO: LA ÉTICA DE UNA ESCRITURA

“Cuando escribes te manchas de ti mismo”
(T. S. S.)

En consonancia con todo ello, la escritura de Tomás Sánchez Santiago se perfila como un canto continuo a la palabra, no sólo concebida como instrumento de comunicación sino algo consolador¹⁴, pequeña munición

14 En el prólogo de *Amenaza en la fiesta* se proclamaba ya esa vertiente consoladora: “Al dar a la luz estos poemas, lo hago con el único fin de que el consuelo acuda con estos versos a alguna de esas personas...”.

que nombra la cercanía de las cosas. Ya un poema del primer libro se titulaba “Diálogo en las cosas” y éste podría establecer una relación con otro suyo, “Basura”, que proponía “Ocultar la mirada entre lo inútil, / entre baldes malolientes, aliento / a estopa, sentina de despojos”. En esta línea cabría compararlo con otro fragmento de *Para que sirven los charcos*: “Nunca me ha importado demasiado fregar porque es otra forma de estar de espaldas al mundo. Y luego esa dignidad de los residuos en los platos y en los vasos, sujetos al fondo del cristal o la loza adonde no llegó la sed ni el hambre” (p. 109) por no recordar otros poemas como “lo menudo” o “Metales silvestres”.

La memoria presupone una ausencia en el tiempo (el poeta está en lo que falta, dice el autor); la escritura, sin embargo, es un remedio, alivio de presencias dispuestas en unos cuantos nombres. El poeta es quien “aleja hacia los nombres de papel / aquello que más ama / para tenerlo cerca”.

En su concepción estilística habría que rastrear las trasposiciones formales de su filosofía y su rejilla temática a la construcción de una lengua. Si hay una evidente preocupación por lo mínimo, lo cotidiano, el sigilo con el que se desenvuelve la vida de algunas personas, en el campo retórico se apostará de forma deci-

Conviene recordar las páginas de Miguel Casado que bajo el título de “Versos para compartir la soledad” le dedica a la obra de Tomás Sánchez Santiago. *Esto era y no era. Lectura de poetas de Castilla y León*, Valladolid, Ámbito, 1985, vol. II, pp. 8-24. No está de más traer a colación los versos de “Como una insinuación”, último poema de *El que desordena*: “Esto ya no consuela, / esto ya no consuela y debes aprender / otras maneras / de enjuagarte en los nombres” (p. 88). Parece como si hubiese un recorrido vital entre el consuelo y el desconuelo que funcionase como lindes de la obra publicada hasta ahora.

dida por un lenguaje también cotidiano pero no banal. El lenguaje posee un muestrario léxico común pero en su combinatoria se establece una tensión que busca ese elemento de extrañeza, nuclear en la poética de Tomás Sánchez Santiago. Sirva de ejemplo el poema de *El que desordena* que se inicia así: “Esta ciudad, / llena de perros neutros y árboles / contrarios y de estanques / con las aguas agrias y organizadas / por la lengua civil de los decretos, / guarda en sus censos nombres / de pájaros que estallan...”. La insólita adjetivación incide en esa forma de mirar lo cercano de forma desacostumbrada; para ello es necesario violentar el lenguaje desde dentro; no hay operaciones destructivas sino que más bien se inaugura una nueva gramática válida sólo para ese mensaje que es único: una lengua extranjera dentro del propio idioma. Esa tensión lingüística acabará por alejarlo de credos poéticos como los que se han englobado bajo la etiqueta de “poesía de la experiencia”; por otro lado, el léxico tan a ras de tierra que rotura campos en principio ajenos a la lírica (recuérdese el atrevimiento de ese “otra ley / aún más negra carboniza el filete indefenso / del corazón” del poema “Uno que no descansa”) también acabará creando una distancia con la poética novísima que en algunas de sus realizaciones buscará un esmerado léxico, una intertextualidad extenuante que deriva hacia el culturalismo¹⁵. Desde la

15 “Mi manera de plantear el discurso poético la entiendo como naturalidad; no es un discurso realista y mostrenco al alcance de cualquiera, sino algo connotativo, analógico y simbolista que trate de llegar más allá de la superficie, una poesía radical”. Con respecto a la poesía de la experiencia dice lo siguiente: “Me gusta ese objetivismo histórico de contar la propia experiencia como planteamiento, aunque los productos por lo general son inferiores a esa teoría. [...] Estamos ante una época epigonal y mimética donde los ecos superan a las voces”.

cercanía se desorganiza las palabras porque hay una fe en el lenguaje como vehículo salvador y consolatorio. Ante la angustia de los señuelos retóricos de un oficio aprendido que se mostraba en “Memorándum”, sección de *La secreta labor de cinco inviernos*, la escritura se verá justificada como forma de testimonio de lo perecedero e invisible para los ritmos rápidos y neutrales de lo cotidiano.

Si alguna conexión se pudiera establecer en la obra de Tomás Sánchez Santiago con la tradición poética española, ésta estaría muy en sintonía con la “generación” del 50. Existe un referente como la obra y la persona de Claudio Rodríguez. De su estilo queda asimilada una naturalidad en el decir y una fuerza ética del lenguaje¹⁶. Tampoco hay que olvidar la cercanía, aunque desde otro ángulo, con la obra de Carlos Barral, de cuya obra nace un extenso ensayo¹⁷.

También es necesario señalar la profunda coherencia de la obra de Tomás, que tiene varias repercusiones. En primer lugar, el aire de familiaridad que ocasiona en su lector habitual, capaz de registrar pasadizos entre

Crónica de Antonio Manilla titulada “Tomás Sánchez Santiago: “No me planteo el hecho de lo social, sino el testimonio vital”.

- 16 Así se expresa el propio autor sobre Claudio Rodríguez: “la poesía de Claudio Rodríguez me interesa tanto como su persona y ambas han significado para mí la comprobación de que es posible acompañar hasta fundirlos los hechos públicos y privados del hombre del siglo XX. Este tipo de fusión engendra aquello que me parece que es lo verdaderamente trascendental en la obra poética de Claudio Rodríguez, a saber, la negación de límites entre el poema como objeto literario y como entidad susceptible de incorporarse a otro tipo de existencia que no se entiende como acción [...] sino como participación” *Para qué sirven los charcos*, p. 187.
- 17 *La mirada refractaria de Carlos Barral* incluido en *Dos poetas de la generación de los 50: Carlos Barral y José A. Valente*, Granada, Ediciones Ubagó, 1990, escrito en colaboración con José Manuel Diego.

partes muy distantes de su obra. Fruto de esta coherencia, nace una actitud ética de compromiso con una serie de ideas y credos que conciernen tanto a la vida como al uso del lenguaje. Esa estrecha relación imprime ese valor ético a la totalidad de esta obra. “Cuando escribes te manchas de ti mismo” es el primer verso del poema que cierra *El que desordena* y en cierta manera insiste de forma obvia en ese estrecho vínculo entre vida y literatura. Se está ya lejos de aquel peligro que el poeta atisbaba en los años 80 para su propia obra: el de vivir literariamente; más bien habría que hablar ahora de escribir vitalmente. Es natural así la tendencia a conectar su poesía con su otra obra para realizar correspondencias entre los distintos territorios de esa escritura orgánica; desde esta perspectiva el anclaje de la obra en la propia experiencia vital es un elemento que se antoja de vital importancia en la obra de Tomás Sánchez Santiago. Sobresalen así lugares cardinales en su temática como son la casa, la infancia, la memoria como recuperación de lo ya ido y su diálogo con la necesidad de olvido en cuanto forma de inocencia, el universo familiar con un gran peso de las figuras paterna y materna, la importancia de aquella calle vista como su lugar en el mundo, la dedicación obsesiva por lo menudo y las formas de lo invisible entre las que cabe lo evidente, la búsqueda del sueño como forma de huida (no en balde hay obras suyas como *Lo que sobra de los sueños* y dos de las tres secciones de *En familia* tienen títulos relacionados con el sueño: “El soñoliento” y “Suertes del sueño”) y su contrapartida que es la figura del insomne, paradigma de quien está alerta escuchando los ruidos: conciencia del vigilante que podría vincularse con el quehacer del poeta, la enfermedad como otro espacio de vigilia... Se

trata en suma de un terreno de fragilidades (“siempre he creído que un poeta es alguien que tiene conciencia de fragilidad”)¹⁸ donde palabras como ceniza, humo, gasas ejercen una fascinación verbal de quien lo fía todo al mundo de lo intangible, como esa imagen que ofrece el precario espejo de los charcos.

Todo ello redundando en la problematización de la concepción de la poesía como un género ficticio sin más, algo permanente defendido desde el pensamiento teórico. Más que hablar de un “personaje” inventado y de un lenguaje incapaz de referir la experiencia del “yo” cabría pensar en una visión coherente y en crecimiento que parte de la experiencia propia, visión –por cierto– esquinada con respecto a la oficialidad (el escritor no busca el reconocimiento sino la discreción) que articula esa escritura orgánica, disidente en su médula y cuya función es la salvación de una forma inocente de mirar y de unas palabras que siguen siendo la pertenencia más querida para el hombre. En esa doble dialéctica de encuentro y retracción, de integridad ética –que canaliza lo que bien pudiera llamarse “escrituras de la verdad”– y desaparición se fragua gran parte de esta poética: “Que todos te conozcan pero que nadie sepa quién eres. Doble legítima de quien sólo aprendió a pisar con reservas para que no se oiga el crujido de los pasos”, parece decirse a sí mismo cuando el espejo de las palabras le devuelven la imagen de quién es y quién ha sido. Antes había escrito como colofón a su obra dedicada a los charcos: “Quien haya leído estos cuadernos por azar o por interés sepa que los escribí exclusiva-

18 Entrevista realizada por Jesús Hernández y publicada en el diario *La opinión de Zamora*, 29 de agosto de 2004, p. 7.

mente para tenerme en alguna redoma, para proteger un poco de la nada estos largos cinco años y para que mi hijo Diego guarde de mí una memoria aproximada.”

JOSÉ MANUEL TRABADO CABADO

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS

Poesía

Amenaza en la fiesta, Salamanca, 1979.

La secreta labor de cinco inviernos, Salamanca, Universidad Pontificia, 1985

Vida del topo, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón, 1992

En familia, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 1994

Ciudadanía, Lanzarote, Litoral Elguinaguaria, Colección Cuadernos del Atlas, 1997

Detrás de los lápices / Por detrás dos lápis. Antología bilingüe, 1979-1999, Lisboa, Ed. Fluviais, 2001

El que desordena, Barcelona, DVD, 2006

Plaquettes

Lo que sobra de los sueños P.O.E.M.A.S, 1993

El sigilo, Zamora, Lucerna, col. La Borrachería, 6, 1999

Lo bastante, Plasencia, Alcancía, 2004

ANTOLOGÍAS QUE RECOGEN OBRA SUYA

- *Esto era y no era. Lectura de poetas de Castilla y León*, (volúmenes 1-3), Antología de Miguel Casado, Valladolid, Ed. Amibito, 1985
- *Todos de etiqueta*, Antología de Tomás Salvador González, Valladolid, Barrio de Maravillas, 1986
- *Catorce del Poniente* en La factoría Valenciana, n° 36, Valencia, 1997
- *Poesía española contemporánea (1975-1995)*, Madrid, Ed. Castalia, 1997

- *Poeti Europei*, Roma, Edizioni del Centro Italiano Arte e Cultura, 1998
- *Nacidos en los 50. Antología de poetas zamoranos*, selección y estudio de Concha María Ventura Crespo, Zamora, Diputación de Zamora, 1998
- *Tengo algo de árbol / Tenho qualquer coisa de árvore*, antología de poetas de León [edición bilingüe], Évora, Ed. Intensidez, col. “poesía”, 2007

Narrativa

- *El descendiente*, Mérida, Editora Regional de Extremadura 1992
- *Para qué sirven los charcos*, Badajoz, Ediciones del Oeste, 1999
- *Milagro en la pescadería* –cuento infantil– León, col. “Cuentos del planeta Tierra”, 2001
- *Salvo error u omisión* (selección de artículos periodísticos aparecidos en “El Norte de Castilla”, 1999-2001), Segovia, Ed. de Caja Segovia, col. “La tertulia de los Martes”, 2003
- *Los pormenores*, León, colección “Los Libros de Camparredonda”, 2007
- *Calle Feria*, Madrid, Algaida, 2007

BIBLIOGRAFÍA SOBRE TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO

- BAGUÉ, Luis, “El desorden de los nombres”, “Arte y Letras”, suplemento del diario *Información*, Alicante, 31-8-2006, p. 7
- CARBAJOSA, Natalia, “Entrevista a Tomás Sánchez Santiago” en *Empireuma*, nº 29, Orihuela (Murcia), verano-otoño 2003
- CASADO, Miguel, “La poesía de Tomás Sánchez Santiago: versos para compartir la soledad” en *Esto era y no era*, Volumen 2, Ed. Ambito, Valladolid, 1985, pp. 7-25
- CASTRILLÓN, José María, “El universo cabe en una calle” en *Solaria*, Segunda Época, nº 12. Oviedo, 2001, pp. 83-84
- FERNÁNDEZ BENÉITEZ, Ángel, “De nuevo, la emoción (En torno a la poesía de Tomás Sánchez Santiago)” en *Litoral Elguinaguaria*, Lanzarote, Junio de 1995
- FERNÁNDEZ BENÉITEZ, Ángel, “Para qué sirven los charcos” en *Cuadernos del Matemático*, nº 24, Mayo de 2000, pág. 129

- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, “En familia”, *ABC*, 2-11-1994
- GARCÍA JAMBRINA, Luis, “Lectura de *En familia*, de Tomás Sánchez Santiago”, *Insula*, nº 593, Mayo de 1995
- HERNÁNDEZ, Jesús, Entrevista a T. S. S. en *La Opinión*, Zamora, 29 de agosto de 2004
- HERNÁNDEZ, Jesús, Entrevista en *La Opinión*, Zamora, Domingo, 23 de julio de 2006
- LOZANO, Aníbal, “La gran arquitectura de Calle Feria” en *La Opinión de Zamora*, 24. 7. 2007
- MARTÍNEZ, José Enrique, “Conciencia de discontinuidad”, entrevista en “El Filandón”, Suplemento Literario del *Diario de León*, nº 699, 24 de Octubre de 1999
- MARTÍNEZ, José Enrique, “Como una blanca venda que descubre un desgarró”, “El Filandón”, Suplemento Cultural de *Diario de León*, 2 de Septiembre de 2001
- MARTÍNEZ, José Enrique, “Cuando escribes te manchas de ti mismo” en “Filandón”, suplemento de *Diario de León*, 31 de octubre de 2004
- MOGA, Eduardo, “Po(l)émica” en *El Pou de lletres*, Barcelona, nº 13-14, Primavera-Verano de 1999, pp. 9-15
- MOGA, Eduardo, “La luz de lo imperfecto”, prólogo a *El que desordena*, recogido luego en *Lecturas nómadas*, Canet del Mar, Candaya, 2007, pp. 225-231.
- MOGA, Eduardo, “La grandeza de lo pequeño” en *Quimera*, nº 288, noviembre 2007, pp. 68-69
- PRIETO DE PAULA, Ángel Luis, “Fábulas para redimir la vida” en *Babelia*, “El País”, 30-6-2007
- PUERTO, José Luis, “El reino o el silencio”, en *Turia*, 32-33, 1995, pp. 324-328.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge, “Ciertas equidistancias” en *Cuadernos del matemático*, nº 33, Noviembre 2004, pp. 125-132 y, posteriormente, en el suplemento cultural del diario “La Opinión”, Tenerife, 14. 5. 2005
- TRABADO CABADO, José Manuel, “Músicas de lo cotidiano en la poesía de Tomás Sánchez Santiago. Ensayo para una poética” en *Estudios Humanísticos. Filología*, nº 27, Universidad de León, 2005, pp. 233-260.

NOTAS SOBRE LA PRESENTE ANTOLOGÍA

Como viene siendo habitual en las antologías, los poemas se agrupan en torno a los libros en los que aparecieron. Se trata, pues, de una ordenación cronológica y, por ende, aséptica. Quizás hubiese sido fructífera otra posible estructura, de índole temática por ejemplo, que diera cuenta de los nudos y enlaces entre las diversas obras de Tomás Sánchez Santiago. Lógicamente, esto hubiera planteado otros problemas. Para solventar esta carencia se incluyen una serie de apéndices que obedecen a ese impulso de conectar las distintas calles por las que discurre la obra de Tomás. Así deben ser leídas esas “correspondencias” que trazan un diálogo entre diversos textos que versan sobre un mismo aspecto. No se trata de un inventario exhaustivo ni mucho menos sino la invitación al lector a ensayar sus propias encrucijadas en esta escritura. Al mismo tiempo se ofrece un mayor relieve a la escritura poética comparándola con otras formas genéricas y, de paso, también se puede asistir a una especie de trastienda vital en la que algunas palabras esperan el intercambio que supone toda relación entre escritor y lector.

Se incluyen, además, otros textos que funcionan como micropoéticas que son apuntes de libreta, la mayoría publicados en hojas sueltas y que cifran en parte su credo ético y estético. Están incluidos aquí por su

lucidez y capacidad para orientar al lector de manera mucho más eficaz que prólogos y otros fárragos críticos. Además, son textos que tienen de por sí una naturaleza literaria y así andan revueltos y mezclados con otros fognazos de indudable valía literaria. Valgan, pues, como escritura aforística no muy lejana de otras realizaciones suyas. También se incluyen dos fragmentos de poéticas del propio Tomás Sánchez Santiago por su claridad y por su forma de defender un credo que, personalmente, pienso que puedan ayudar al lector a iluminar su obra.

Se hace necesaria alguna precisión con respecto a algunos poemas tales como “Mi padre se hace viejo” que apareció primeramente en *La secreta labor de cinco inviernos* y luego se mudó a otro alojamiento más natural: el de *En familia*. De igual manera ocurre con otro poema titulado “Sin aliento” que figuraba originariamente en la *plaquette* *Lo que sobra de los sueños* y pasó posteriormente a *En familia*. Observará el lector que no aparece recogido ningún poema de *Lo bastante*. No es otra la razón que el de ser este libro un adelanto de lo que más adelante sería *El que desordena*. Tan solo los dos poemas últimos de *Lo bastante*: “Quién estará conmigo” y “La Llegada” no han sido incluidos en *El que desordena*. En todo caso, el lugar que ocupan dentro de esta antología es el último que ha decidido su autor. De igual manera sucede con los poemas contenidos en *El Sigilo*, otra publicación en *plaquette*, que son recolocados en *El que desordena*.

Amenaza en la fiesta

1979

AMENAZA PRIMERA

Por donde no debiera
he abierto el laberinto de los años.

Con las manos vendadas
en el fuego del tiempo
y los labios como dos viejos muebles
malvendidos al aire
igual que dos banderas necesarias que vuelan,
bajé la cremallera de la vida
y así me vi, difícil como un fruto
olvidado sin piedad a hostiles seres,

desconsolado de hombros, triste por las caderas,
sin recurso ninguno y en el medio de todo.

No es el tiempo negocio conveniente
y sí trampa mortal, encrucijada
sin ningún remedio como no sea la muerte
ni otra esperanza
que la de embalsamar la luz en la memoria;
y sólo una verdad
pasa constante:

se nos huye la vida de las manos
como un anillo demasiado grande.

BASURA

Mejor es olvidar. Empezar
un rescate prevenido por la anchura
y la altura de esta acera donde
no soy el campeón sino la última
valla que saltar, no el magisterio
de la columna entre las ruinas
sino plumón de buitre proclamando
la carroña que se entrega
como en un ofertorio
purificando al arcén toda la noche y
todas las noches hasta el alba,
cuando ya es la luz una sospecha
azul y delincuente; mejor es
olvidar, levantar un juramento
como una enseña leal
y ya nunca más insistir
en las aldabas del recuerdo. Seguir
andando entre tanto cachivache
con intensa vocación de podio
o de trofeo a lo desprestigiado
de este día. Mejor es, mejor es...
Ocultar la mirada entre lo inútil,
entre baldes malolientes, aliento
a estopa, sentina de despojos
donde se despereza la amargura
y pasa a ser enjambre de hierros retorcidos
que me aguarda, tal un amparo
eterno en el cauce escombrado de la calle;
y enseguida, como un
arrepentimiento de la luz,
la aurora.

CASA SOLA

Son con el verano
los síntomas primeros de soledad:
desarropadas perchas, estantes saqueados,
salas vacías de luz
donde hubo vida
y ya sólo hay misterio, pureza
ilimitada
como único ropaje donde se deposita
la última claridad de estos crepúsculos.

Serán largas las noches, sin amor
ni deseos, hechas por el contrario de una larga
carencia y pobladas
de una congoja hostil (quizás el miedo)
que deja un rastro sucio de sudores
en el hilo encalado de la almohada. ¿Será la vida
así, un perpetuo miedo, y nosotros
tan sólo
el lento abatimiento
que vive en los espejos
de esta casa
tan sola...

TANGO DEL TORPE

¿Y qué sé hacer yo? También tocado
del calambre dolorido de la vida, seriamente
aguardando ante el cáliz arrumbado
de la esperanza
no sé hacer nada, nada sino inventar
la sangre en los tinteros o hilvanar
a duras penas el armazón
escaso de mis años. Nada sé
si no es urdir los planos, las lajas imbricadas
en el tejado escaso de mi historia
y mentir todas las tardes
ante el yermo solar de mi existencia.
Ni siquiera ni un signo donde hallarme;
ni siquiera ni algún papel
devoto, ni lisonja ninguna en que perviva
el triste fruto atesorado y preso.
Dudoso y solo,
el oneroso fraude del recuerdo
como última defensa, brasa, esquirla
salvada del desastre de los años
se libró como un rastro
desesperado y último.

Pero llego al brocal de los misterios,
donde la juventud del miedo
se empieza a algodonar de tanta bruma,
acudo aquejado al litoral
sinuoso de lo estéril, arrasadas del todo
las cenizas finales de la infancia, y emito
estas señales perdidas, estos jirones
desprendidos con saña
de la desesperanza de nunca ser hallados,
perdida balsa en alto mar sin fondo.

De un fragmento de tantos
soy sólo mercader, mas mis monedas
no brillan en la mano: son inútiles
al cambio de los actos.

Nada sé hacer. Nada si no es
confesar mi mezquindad así de torpe.

LA LENGUA ES UN HIMNO OSCURO QUE NO CRECE

«Puede llegar un momento en que no pueda hablar con mi hija, porque no la entienda ni me entienda y hasta me tome por loco», el corazón se le quedaba en suspenso. ¿Qué hacer? Al punto dio con la solución. Debía conservar el lastre, bien que procurase seguir aumentando la energía ascendente; debía esforzarse, costase lo que costase, en no ir olvidando el idioma vulgar, a fin de usar de él con su hija y con alguna otra persona de su afecto, si fuese menester. Pero ¿cómo evitaría olvidarlo, si estaba a solas casi siempre?

RAMÓN PERÉZ DE AYALA

Y quién me asegura
en la grave liturgia del lenguaje
la certidumbre toda; poder exclamar
aun bajando al susurro *«me has comprendido, amigo»*.

Más rápido el corazón que la voz,
más noble,
menos turbio cuando anuncia los actos
y los detiene y palpa,
y siente al palparlos
el desgarró mortal de la pasión,
la luz difícil del conocimiento, que sólo
sabe abrazarse al corazón; pero
quién puede hacer, que no sea
en el silencio,
adjudicar a la vieja ceremonia
el rigor de un amor tenido
o el son puro del hambre culminando
en el vientre... si sólo el silencio sabe
la bella desazón de las esperas
cuando el tren de la dicha pierde vía
y nunca recobramos
un equipaje nuestro y ya de nadie...

Y allí todo es verdad;
nada seguro
sobre su sana agua insobornable,
pero todo es verdad, como una vieja
miel mal paladeada, como el regusto
a desván de algunos quesos. No vengáis,
no, a buscar cuanto sabemos (cuanto alcanza
la voz) en este territorio
porque no es su dominio la palabra
y se pierde el verbo entre su aire.

Será prolijo amar, ardua
tarea la de embestir la vida y los sonidos,
todo baldío
si ha crecido al húmedo abrigo
de la lengua.
Todo, todo. Prolijo amar. Ardua tarea
la de volver al aire las pisadas
que en el alma no caben. Inútil
será todo
porque habréis desvelado esta pureza,
y llegará el olvido a las palabras
como una melodía
que, cada vez más, huye.

ETERNA VENDEDORA

Hoy no vayas a decirme
que no me reconoces.
Soy yo. Créeme. Ocúltale
a la vida tus oídos como la caracola
que no repite al mar
y créeme. Soy yo, yo, que regresa
a comprarte la miel definitiva y
redentora, a que en mis manos
pongas tu dulce acento de cítara
escarchada, bienvenida a mi piel
cruda y sin miedo, sin duda
aún no cruzada por el pulso callado
del estigma que, luego,
con el tiempo, acaba por brotar
sobre los pechos. Hoy soy yo,
yo,
en mis manos un aro retenido,
fabricado de llanta y de inocencia
que vuela entre los tallos
a arrojarse al calor de tu basquiña
toda llena de lino
y de nosotros, precipitados
a tu ceño claro.
No sabíamos amar sin cautela;
amábamos como el agua casta
que tomase a la luz por una ofensa
en sus primeros trotes hacia
el juicio final del sumidero; así de claro,
sin astucia que hubiese.
Teníamos por la sangre merodeando
como un ave nocturna a
la lujuria, como una hermana

pequeña recental que hubiere
de ser encaminada con la mano,
conducida al misterio
o a la trampa incógnita del vicio.

Pues así nosotros
íbamos hacia ti, vieja sin encías
ni plumas, íbamos hacia ti,
vieja silvestre; sin prisas por crecer
íbamos a por tu grato cebo
de canela, a por tus golosinas
numerosas.
Así íbamos, mas otro día
una mano invisible
nos convocó también en greguería
conduciéndonos lejos de tu azúcar
no al pastizal ni a la majada
virgen,
antes bien al corazón adulto de la vida.

DIÁLOGO EN LAS COSAS

Qué despacio existen los minutos. No,
no es la morosidad añil con que se teje
y se logra la luz durante escasas
tardes cuando llega a los chopos, a su salud
ilustre de jarrones
veteados en regiones antiguas, no olvidadas.
Ni es historia que anuncia la tibieza
de un patio con adelfas
donde viene a morir la mansedumbre de esas horas
brillantes que en verano sí crecen. No, no, esto es
preocupar de silencio estos espacios
cerrados, salvados de la inercia
por el espíritu azul de una bombilla ciega,
y empezar un diálogo
con este cenicero, aquel visillo, lo otro...
total, para saber si se encontrase
aquí la salvación, en esta vida mínima
de cosas, lo que tengo a mi alcance
y no se inmuta si viene enero frío, lo más mío
que sólo a mi me vale y en donde
me deshago lentamente (total,
para tentar barbaridades
al borde de lo oscuro cuando la luz no ocupa
ni defiende su vida contra el techo
en destellos, dispersos resplandores que iluminen
la paz de la escayola). Así, el aire muy quieto,
viviendo solamente en el engaño
nocturno de los cuerpos,
me deslizo rapaz entre las sombras
muy mudas, olvidados los actos
en la luz, y un diálogo
feraz se extiende vívido, como

un arroyo violento o una crisálida
mayúscula clamándome en la boca
la confidencia, el delito
glacial de los dos labios. Hoy,
lujuria en el tintero, humo en la colcha,
ya sé dónde se anuncia
la mutación agazapada de mi cuerpo;

ya sé
de qué está hecha la penumbra
muy parda de este cuarto,
guarida que almacena tantos besos
secretos cuantas horas de muerte
se han helado en los bordes
amigos de la almohada...

cuántas!...

¿cuántas?

LOS ÚLTIMOS RECURSOS

Venir desde muy lejos, de no
se sabe dónde,
a consumir el rito de la vida. Empezar
donde debieras la pelea, sin el oficio
ruin de las palabras, y no entender jamás
que es vicio ocioso
el de los años perseguidos con coraje,
codicia que no sirve, como a
una frutación mal madurada. Luego,
huir del ocio, hablar
de ser felices (tú ya sabes: el vino, los viajes),
alardes de amoríos...

O gastar
no pocas tardes en dar a la soledad
un nombre falso, no de remedio:
más bien de circunstancias;

reconocer la luz de la alegría
cuando la tropezamos, amar en el
invierno, viajar (Paris, Genève) y
a lo más, algún asomo
de vida impenitente
en claras tierras fértiles, iniciadas
al arte del abrazo.

No comprender ya nada
que no sea el lento deterioro
de los actos, esperar como mucho
muerte muda
en la serenidad de un dulce sueño

y entregarte al olvido sin reservas.

La secreta labor de cinco inviernos

1985

POÉTICA DE INVIERNO

Nunca han abierto
su pecho a mi medida
esos meses brillantes
como el pelaje de terneras lentas
donde nada se eriza que llame a sosegarlos.
Antes bien: he querido
despacio (con un amor
de copos que se ordenan temblando en antepechos,
igual que colegiales condenados
al arte de exponerse a manotazos)
esas otras maneras
de vivir tiritando en la ciudad
entre meses desnudos tan desnudos que ciegan.

Entre meses desnudos o sin otro plumaje
que una lluvia que abolla los peinados,
que cuaja en charcos mudos
y aprieta aún más la carne
contra húmedos respaldos en las cafeterías.

No debo a nadie tanto
como le debo al frío. Esta destreza
limpia, derecha que en los días
color a queso puro nos retrasa
la sed y nos descambia
la costumbre inocente de sudar,
me basta para todo.

Me basta
ocupar la fama mala de estos meses
con palabras
robadas entre todos,
y a sabiendas
de que nada es seguro
en este reino; y menos todavía
flotar en su ceniza.

JUEGOS DE AZAR

Paso la lengua ahora,
como un cepillo dulce y doloroso,
por sobre aquellos años de caída.
Y de aquel hundimiento silencioso
sólo emerge un rumor, una luz clara
de gastado cartón que se va en forma
de triunfo o de desahucio
mientras dura su vida lo que un latido dura
tras la mano en el pecho.

Qué agradecido
ahora estoy a aquellas tardes de baraja,
entre amadas figuras que emplearon
su valor para mi vida
entregándose al gasto de mis manos:
*oros picados como espejos
secos de luz, caballos
cuyos ojos manaban zumos lentos, los venerables
gestos de un rey solo, la mella de una espada,
copas mal desteñidas, la tristeza
de un paje desarmado a punto de anunciar
al condestable que una guerra es perdida...;*

he ahí todo mi salario: cuatro palos
que cada tarde salían a esperarme
el corazón hecho cenizas o isla.
Entonces no había finca
ni patria que me diera calma como esas sombras,
porque ellas
siempre me hablaron más claro que ninguno,
nunca fueron mudetz: tras de su paso
siempre llegó cobranza (acierto o amargura).
Jamás hubo silencio en ese tráfico

sino sabía tarifa, eco que se entregaba
de una vez.
Sin levantar ni un humo.

Quiero hoy que sea mi vida
como aquellos inviernos
detenidos en torno de esta industria: montón
de cartas secas,
despojadas de luz pero tan limpias
al fondo de los gestos...
O mejor como ellas, como las propias
cartas siempre en mudanza
dispuestas al adiós; no a la firmeza.

Y quienes abracé en aquellos años
con abrazos sin cáscara, olorosos y limpios,
sepan ya que mi deuda
es tan sólo con la eterna postura
de aquellas figurillas azarosas,
pues nadie supo decirme como ellas
lo que iba a ser el sino
fatigoso del resto de mis días:
arrastrar, arrastrar, arrastrar mucho.

INICIOS DE INVIERNO

Ya debe de estar cerca,
por la facha destartalada
de estos días
con más hambre de luz que de reposo
tiene un perseguido. Ha de verse
a lo lejos en montón, en manada que baja
a derrocharse a la ciudad,
la ciudad donde se escucha otro latido
que no es aquella bronca,
aquel vértigo de aves que ni huyen
ni acaban de matarse con las tardes
de julio.

Ahora trae un fragor la madrugada
de ramas escocidas
por el viento en las que no nos conforta
ni la saliva ahorcada del rocío,
temblando entre sus nudos.

Y mira sin embargo con qué gozo
me incluyo en este manto lechal, en esta
limpia camisa luminosa. No cejo ya,
no cejo hasta que aprenda
que esta neblina es honda
sepultura, ciego
pozo del todo donde arrojar la vida,
depositar los meses,
vivir quieto
sin otro combate que respirar
una nieve que turba más que suena.
Parece que durmieran las pasiones
y que bajo las piedras
no se escondiese nada levantisco. Las aves,

las alimañas pardas han cruzado
a saber de otros modos más tibios de vivir
que esta pureza: les esperan
helados escondites,
escondites de piedras olorosas, lejanas
oquedades en lo oscuro, perdidas
arquitecturas templadas donde el silencio
es música veloz, ardiente compostura
que sólo el paso de la lluvia calla,
mientras aquí de nuevo
se previenen con prisa las miradas,
los cachorros,
los quicios crecen lentos a una voz
no sabida en los seres (más bien cosa de sombras
que de súbito abren en resplandor
lo que antes fueron cenizas volcadas),
los patios suenan mucho a agua que llega
y enfunda las paredes
de borrones helados como íntimas heridas
que en la noche rezuman;
y los niños, cuitados,
se alborozan del todo: «¡El invierno!
¡El invierno!»,
y no saben que va a caer esta blancura
encima de sus cuerpos,
como una blanca venda
que descubre un desgarró.

LOS AÑOS Y EL TABACO

Y yo te he dicho: No abras tu lecho a la tristeza.

(SAINT-JOHN PERSE)

A Claudio Rodríguez

¿Y soy yo aquel verbenas
descarado que no elegía nunca menester de sombras
para el reposo, aquél
que más sabía de ceniza y de labios
cortados por el vino contra la madrugada,
y no exigía
calidad para amar sino costumbre y el encuentro
de un cuerpo ciego
donde alterar las venas
con nobles movimientos de estrategia ensayada;
el que siempre tenía más a punto la lengua
que el retiro a los hornos fríos
de la paciencia?
¿Y soy más bien éste otro
que no lo reconoce
y ahora gasta las noches en refundir
palabras,
en acumular versos como ahorros
destinados a una vejez más clara
y menos cruenta
por virtud de visiones escépticas
y del perpetuo recuento de años mozos sagrados
tal como la maldita tradición
de esta tierra nos tiene habituados...,
éste que ceba su melancolía como las madres
guardan hasta el invierno en tristes tarros
el oro sucio de la mermelada?

Y si yo te pidiera –como entonces–
que decididamente nunca
te avvicines los labios con leyendas
de fardos renegridos y sal bruta,
con cuentos de vinagre que te escuecen
los ojos, que te empujan las manos
a poemas como actos funerarios
bien medidos, como ejercicios póstumos
cuya única materia es el rescoldo y no la hoguera
misma cuando despacha
su magisterio al cielo. Si yo te lo pidiera,
que de nuevo latieses con el río y por su duración:
no por su prisa...
si te lo recordase
ahora que me he olvidado
si entrar a un cuerpo era entrar a una ciudad
desconocida de noche y sin ayuda
o huir sin volver la cara del infierno,
no me mientas
y salva el tejido del pulso, la urna
donde entoñaste la alegría
bajo un ciprés comido de la lluvia.

Y entonces
reside en el amor, calla de culpas
y aprende en aquel tiempo
que la sabiduría
no es talismán que lleve al desconsuelo
ni el vicio de caer triste entre las tardes
lentas, dispensando el negocio de la luz
por mucho que
los años y el tabaco
nos han dado este aspecto
consentido
de barcas despintadas que derivan
sobre un fondo morado de resinas.

FIDELIDAD

Cuando su cuerpo no sea más que una vieja parroquia
a la que nadie quiera entrar, sino que pasen
todos con largo paso de quien teme
entrar en compasión con su contacto
y a nadie se le ocurra arrojarle hasta el fondo
la luz de su moneda, sabiendo como habrán
de saber que las limosnas no le serán ya pródigas,
pues su carne colgará en combas secas,
tristes combas nocturnas hasta el ámbito
también antes ardiendo de los cirios;
cuando no haya devotos de sus labios
ni musiten sus ansias los más lejanos fieles
feligreses, yo seguiré asistiendo aún con más celo
si cabe a sus gastadas ceremonias.
Yo empeñaré el aliento hasta lo último,
hasta cubrir su cuerpo con pasos empapados
donde me reconozca...; y a pesar de todo ello
jamás habré sentido
mi pisar tan profano.

LA MEJOR ESTACIÓN

Ya no me hagas llorar, otoño rosa...
No me enseñes ni el arte de tus puentes
ni la sana embocadura tras los cauces
ya un poco más sonoros de los ríos. Ya no estalles
tus más revueltos vientos en los pechos
enhiestos de las hijas, tentados de volar
tras de las aves. Porque yo te esperaba como a un trago
lo aguardaba la sed, tan desmedido el sueño
tenía por el ansia de tus tonos cenizos
tras la clara cortina del verano,
después de abrasaduras en sus rojas arenas.
¡Pero tanta dulzura es demasiada!
He practicado el gusto hasta el desmayo,
hasta sentir la muerte en la cabeza
como un regalo tibio a los cabellos
cuando me los pisaban tus amables lloviznas
regaderas de plomo, insistiendo en la paz de los cristales
dormidos de los pueblos
y en los primeros charcos de noviembre.
Y luego tu silencio, como un dibujo blanco
que es mentira porque todo desborda
leyendas o rumores que salen desde un bosque
a quebrarnos el mundo de los ojos
con temblores de sombras, de hojarascas que chascan
bajo pasos de esponja mientras el cielo envía
la tajada de luz que da la luna.

Ya no quiero más sello que éste tuyo,
el mejor sello, la más bella divisa.
No me muevo de aquí, de esta estación
como la víspera inocente de un día
en que se va a amar mucho
y donde todo es desnudez; todo carencia
y no resurrección.

Y viene de la altura un vaho muy manso
que en todo se abandona
lento como un *adagio* detenido
en los días de otoño, cuando el bronce germina.

La mejor estación. La más segura.

AQUELLA CIUDAD OSCURA COMO UN TRUENO

Crónica y visión de Z.

Si llegan días de culpa,
que no me pillen nunca arrimando la vida
a aquellos muros
leprosos que preservan
el hospiciano cuerpo de la ciudad secreta.
Porque allí
la raza de la luz nunca es la claridad
sino ceniza oscura que baja hasta las calles
a macerarlo todo
en su desvanecida.

En cuanto a lo demás, diríase una república de polvo
y de jardines mal medidos
donde se estira ociosa la existencia; con la gracia atrasada
que nos hace la nieve en ciertas cumbres
del verano, aún pueden verse
salir de entre unas piedras
nocturnas resplandores de antorchas
que descargan sombras acuchilladas
contra un muro

o bien veladamente
se asoma a visillos recamados
(hablo ahora de memoria)
la imagen serenísima de un par de señoritas
con engastes de nácar y espiando a lo lejos
un regreso. Quizás aún sea posible
resistir en el tacto la púrpura violeta
de algún comendatario
o escuchar espantados
el fru-fru de unas calzas que se rozan,
abriendo el paso un postillón que arrea

un tiro de caballos que
ya piafan, ya chorrean
agujas de vapor por los ollares
sobrados de sudor (gotas como uvas
que a las ancas resbalan).

Sé muy bien que si vuelvo
me contarán la historia tal como la dejé:
muchachos de apellido que se rinden
las noches de verano, al borde
de terrazas generosas en hielo y maceteros
bien regados, a estimadas
doncellas que abandonan los labios
de encendidas escamas a licores y filtros estivales
y aprestan los oídos
ante proposiciones de ensayos de linaje
lamiéndose el regusto en las encías sin decidir
si es efecto de un trago atravesado
o es su buenaventura, que al fin llega;
de modo que así saben
los días de esta ciudad.

Pero si algunas tardes me encomiendo
a esa misma ciudad
con murallas de escote carcomido
por los golpes del viento
y de los años,
cómo pedir que no desasosiegue.
He batido ciudades
gobernadas por aire o por espuma
o por mejores orillas
que las de aquella plaza. He cruzado
puentes desestimados, rúas deshechas
por las luces del alba, otoños
de desnudez infame hablando con marinos
en ruidosas tabernas donde asaban pescados.

Todo era hipotecado, indigna postal fría
de aquellas otras gentes de mi tierra
que cumplían años
desapacibles sin quejarse, sin soltar
la ciudad de la mirada. Los más nobles,
mellados por la noche, mal censados y solos,
que buscan vino al cambio del olvido.

Gentes

(de cuyos nombres no es digno este poema)
como ese hombre moreno, enjuto,
vivo de ojos y coleando de deudas de taberna. O la mujer
de cuya carne bien se colgaron todos, los mismos
que hoy le ríen insolentes desplantes de borracha.
Ahora recuerdo a otro que pasea en ovillo su perro
y su propia historia confundidos en una melodía
más bien cómica,
y la que besa estampas
como si flores fuesen, y el que llaman Tinico
(al que una noche –solos en la estación–
quise como a mi madre
no amaba hacía ya tiempo)
y otros y otros
cuyas vidas mediocres
van desapercibidas pero fundan
el aire enternecido que –dicen–
abriga a la ciudad como una gabardina
mal teñida.

Por eso a ti, viajero, si pasas
y no oyes a ninguno
ni sabes dónde esconden ni sus señas ni la luz
desmejorada de sus nombres, golpeados como frutos
que en húmedos viveros se corrompen a solas,
te ruego que te vuelvas tan sólo hacia las piedras
y jamás las arranques, que son aquí la vida.

Si quieres, aún puedes pasear
un bosque frío –verás cómo no aguantas
de ternura–. Ten presentes
como si fuesen dédalos desamados de todos
plazas de nombres flojos, calles
que dan a niebla que las quema,
paredes que han callado con cepillos
de musgo, violentas marquesinas
que deparan mercados que habrás de perdonar
de tan oscuros. Huye luego
a lo alto y mira la soledad
del agua, el puente entero, mira que la luna cae al río
como una desnudez cae en un lecho:
llenándolo de luz.

Nunca te asustes
si de repente aves y metales
enmudecen al tiempo,
y truenan oscuramente y tú preguntas
lo que nadie sabe:
si es la ciudad o el cielo quien avisa.

APRENDIZAJES

A Ángel Fernández Benítez

Del espejo no el brillo de su azogue
ni el biselado donde se descompone en niebla
ciega la transparencia, sino el cartón
que empeña sin saberlo su oculta resistencia
en sostener a un tiempo
al cuerpo y a la luz salvaguardando de la
caída de todo a un rostro, repitiéndolo
en el vilo encendido de un instante que cuelga.

De la estatua no el fuste, donde pudo
cuanto quiso el cincel. Ni la tarea
limpia del esmeril o de la gubia
ensayando maneras
de domar el espacio, darle un orden
mortal de cuerpo de inmortal belleza.
Más bien sentar los ojos allí donde
una piedra sustenta
al cadáver de mármol, y en que viven
letras leprosas que hablan desvergüenzas.

Y del beso (ah, del beso) no su voz, no su carne
sino que desmontarlo de nuevo a su inminencia.

ABRIL. EJERCICIOS DE ESTILO

Quizás sea por la tarde, que es suave,
o la moderación templada que levanta
despacio en las mamparas
una temperatura formidable
que no eriza a la astilla ni a la piedra
en los bancos de los parques irrita.

No sé ... por la solvencia
magnífica con que el aire se mueve
entre las calles (igual que una muchacha
de alabadas caderas) y nadie lo venera ciegamente;

lo certero, lo fijo, lo únicamente
a salvo en este poema nada tiene
que ver con calidades
excelsas de pureza que en la tarde
precipitan a todos
en común expulsión a cenadores
campestres o a bailes de luz pública
donde ciega la música
tanto como se mellan los cuerpos entre sí
con la primeras sombras.
No es la casta estimable de este mes,
definitivamente, quien responde
de la necesidad de este poema; ni su reconocida
competencia para enardecimiento de espíritus
propicios puede alarmar a quien quiso en su casa
pasar la tarde en encontrar palabras
que aquello proclamaran.

Basta aceptar que es todo allegadizo y que tan sólo
sucesiones de palabras
han empujado al poema hasta esta pausa.

DELICATESSE

Tus relaciones nunca fueron bellas
tanto como lo son con las palabras
ahora
(nunca fueron tan bellas; no tan buenas).
Lentamente subsanas unos nombres
con otros; reverencias
la justa dimensión que les exigen
huecos que vagamente el oído sabe
completar
(y aún menos si no estimas
practicar en charadas).

Lo mismo que a unos huéspedes que llegan
salpicados de frío, buscas vano
acomodo entre las sábanas
heladas del poema. Y así los vas probando
y los retiras lejos del bastidor.
Los más tenaces te acompañarán siempre
en el invierno hondo de la memoria
lo mismo que astros muertos:
tan sólo acreditados en sus sílabas.

ULTIMATUM

(que el poeta a sí mismo se concede)

No levantas del reino de los signos.
Como un ave que hubiese comprendido
que es paraje abonado a alijos fáciles,
has aprendido mucho y dispones
añagazas, planeas señuelos cómodos
con estilo de quien sabe estrategias
para no remojar el corazón
en agua más difícil que esta tinta
de sueño del poema.

Te lo repito: que un tiempo miserable
gane tu casa, ahuyente tu carnaza
si te sigues vendiendo a las palabras.

CONCLUSIÓN Y RECuento

Irremediamente. Igual que un vicio
(y más que ningún otro
el vicio de vivir, que es el más ciego),
irremediamente igual todo termina
por dar en la costumbre.

Y del encontronazo, una enseñanza:
mengua el asombro cuanto crece el hábito.

COMARCA LEVANTADA A UN SOLO GRITO

La memoria es un grifo malcerrado
donde el pasado vela. Oye su canto,
su distinto escapar hacia otro instante
y encerrarse de nuevo; oye su pronto
gemido que nos suelta y que retorna
desde la luz del acto a otra tiniebla
primera donde un desconocimiento
lo acoge hasta quién sabe o lo mutila
aún más entregándolo al olvido,
soplando su ceniza al viento oscuro.
Restos de besos, migas de meriendas
al borde de otro río, saldos de historias
viejas como jirones desdentados...,
mala música de olor a polilla
que no crece en los labios: se hace añicos
o agujeros silvestres de silencio
que llaman sin aviso: vuelven solos.
Nunca se pierden, ellos mismos son
camino y caminante: vuelo y ala
que han perdido la medida del viaje
y deciden llamar o callar siempre.

(Fragmento 4)

Con los años, los actos van perdiendo el sentido. Uno de pronto atiende un instante que vuelve, una de tantas resacas que la vida nos regresa como pájaros dados por deshechos, o puede ser cualquier gesta cumplida llevando por delante el corazón y en la que hubiéramos perdido el sueño y el juicio. ¿Nadie abrió desconociendo una puerta vedada, nadie ha entrado con el alma en la mano como un crío en barrios de ceniza y a sabiendas de que el sabor de la renuncia aguarda como único alimento? Era bien cierto que otras voces más fuertes ocupaban el húmedo idioma de lo sensato. Pájaros de sueño, cuando los vemos a distancia y después que hemos sabido que cada edad se rige en clave única y su música no suena apacible escuchada a deshora, no entendemos que pudimos morir por causas fútiles, desproporcionadas de sus efectos (que casi siempre fueron más bien negros).

Afortunadamente, está el olvido que hace de aquellos actos copos de humo. Agua que se desgasta, piel que ya arde.

(Fragmento 6)

Pasan muy pronto los años, las horas
son las que pasan lentas. Qué visión
inclemente la del tiempo cayéndose
por las barandillas de la memoria
(la memoria es un grifo malcerrado
donde el pasado vela) igual que un vuelo
que escapa a celebrarse a otros confines,
lejos de nuestros patios. ¿Hablan todos
los días en que transcurre una existencia?;
¿siempre dejan un poso abandonado
y nadie lo hurga?: carreras de humo,
copos de ceniza como carrozas
de vapor o gasas que la mirada
no sabe desvelar ni en la lectura
piadosa de unas flores que desmayan
ni al paso desfondado de un reloj
que huye a lo más oscuro de una alcoba
bajo muebles de laca. ¿Y nadie inventa
un infame jardín, una leñera
oscura en que enterrar tantas imágenes
y nunca duela más lo que se pierde?

(Fragmento 8)

Vida del topo

(1992)

(el álbum del placer)

¡Oh, los sueros tan blancos de la dicha!
Yo los vi, vi su pulpa sigilosa
cómo dejaba todo lleno de ángeles
seguros, diminutos. Abre ampollas
de alcohol la luna llena sobre el campo
y lentos trapos caen a la ciudad.
¿Dan manteca las nubes?

Brota el daño
de oscuros callejones junto al puerto
donde lloran mujeres despechadas.
Un coro de abedules se restriega
sin orden. ¿Caen avisos? ¿Es la hora?

La lluvia trae grasas entre los hilos.

Todo se desmorona: ¡*vuelve, vuelve!*

Un vaho de naranjas va llegando
a arreglártelo todo. Cunde el aire.

(lo menudo)

Oh, el chasquido brillante de las cáscaras,
el rumor de los hilos, la pereza
poderosa del corcho en el silencio
terrible de la noche, consoladme
de todas las miradas que me pueden.

(escaparates)

Cajas de plata, moscas en la frente
hueca de esos muñecos que han perdido
la lengua en un desván: de noche lloran
en las trastiendas. No se entera nadie.
Cuesta nombrarlo todo. ¿Qué es aquello
que esconde sus aristas tras los gatos
de plumaje perverso? Veo también
lo ancho de una máquina aplacada
junto a gasas y cintas y azulados
peines que sólo muerden por las tardes
la cabellera dulce de las cejas
vivas a un rey de goma abochornado
que la suerte abandona. ¿Qué más? Hay
botones y botones, lazos, broches
para apañar calor más adelante,
cuando roten arañas junto al fuego
y las lluvias apaguen numerosas
esos objetos, sus cercos de miedo.

Dadme un poco de leche; hasta mañana.

No volverá un reloj a dar mi nombre.

(calle en fiestas)

Volvimos a aquel barrio –miseria engalanada–
donde ni por la noche florece el gas del miedo.
Barracas condenadas a tiritar de hambre
y vendajes de escarcha en mujeres con sueño,
óxido en las pezuñas paradas del tiovivo
y el fluir de mandiles en alambres. Un salmo,
que sale de una iglesia como el humo, se abre
en ramos de palabras. Huele a peces extraños.
Alguien limpia sus botas entre ojos como sables
que lo miran y fuman: “*Son felices*”, dijiste.

En el templo la cera huele a luz. Voces, voces
anuncian rifas fáciles afuera, clandestinas.

(la puerta de hierro)

Has pasado el umbral: todo perdido.
Vinagre en cada rostro. Dejen paso
a quien arrastra un cuerpo. Aquí no hay flores
ni pulpas ni aun canciones que entrevuelen
bajo el aire con miedo de los techos.
Llega la prensa matinal. ¿Pero alguien
quiere saber noticias? Guantes de humo
circulan, no dan paz a los vestíbulos
y una corriente de sudor pone húmedos
los sacos donde el suero se desploma
sobre las venas. Alguien cantó ópera
como quien llama a una ventana y llora
un domingo de invierno. Caen cristales
picantes sobre un césped de algodones
y en los frascos horribles viven fraudes,
mentiras infectadas, carnes fétidas
donde el yodo y la bilis se acompañan.

Más lejos, ya en la noche, se oyen nuevos
ruidos con luz: de la cocina llega
rumor de vasos y batir de huevos.

(habitación 1231)

Tú no lo sabes: es posible andar
sobre el dolor descalzo y no nos pasa
nada, como esos hombres cuando cruzan
las brasas de San Juan. Pesan las noches
como el plomo en las lágrimas. Las danzas
desabridas y opacas de las horas
caen sobre el corazón como uvas rotas
o cáscaras perdidas de granadas
en un vientre de oscuras cañerías.
No pido más que respirar de nuevo
otra vez y otra vez; crujen los huesos
y hay un músculo seco de serrín
a la orilla de los vales más bellos.
No me vale la luz que trae septiembre
palpitando en sus tardes. ¿Debo hablar
de asuntos de los hombres? Como un viejo
mercader de domingo ya recojo
mi atadizo de quejas y ante mí
sólo se extiende este mantel inquieto
que amanso con miradas, con recados
que mueren en el aire. Piruetas.

(retracción)

No sé por qué no quiero que me pille diciembre
–sus jardines de plata, sus relojes sin sueño
y sus lanas cansadas–. Es hora de cerrar
las alas a las tiendas. Sé que venden gemidos
en una calle oblonga donde hay frascos con llanto
encerrado de niñas. Llevadme allí. Si vuelven
pájaros silenciosos, no les dejéis que aniden
en lugares donde hubo pajas muertas y dicha
templada. Nos veremos más acá de los brillos
que pone en sus fronteras este mes malvenido.
Por sus aceras lisas hay un hielo que amarga
los pasos confiados de quienes traen azúcares.

En familia

1994

GENEALOGÍA

Venimos de comercios pegajosos
a cuya humedad cada mañana os arrojabais
para fundarlos una y otra vez.

Con tal sometimiento, ¿qué acatabais?
¿Acaso en el metálico estertor que arrastraban
las trapas cada tarde
iba impuesto un lamento ronco y torpe,
el ruido que despiden
nueces con otras nueces
si frotan su amargura?

Pudiera pareceros...

Pero nos dabais gestos
y ropa gris
y números,
siniestras contraseñas que afirmaban
la casta comerciante que otros hombres borrosos
sin preguntar cargaron en vosotros.

Mas ninguno anduvimos
a la llamada listos,
y sólo desde lejos asistíamos
a un paisaje de seco material,
alambres
y balanzas polvorientas
que medían,
ponderaban sin saberlo
la longitud y el peso
de vuestros regateos en nosotros.

LOS LEJANOS PARIENTES

Eran los más oscuros, los mejor recibidos
también –dada la imprevisión de sus visitas–.
Traían nombres de llamas en los labios,
nombres que nos dejaban como escaso
sabor con que acallar nuestra impericia
de no saber vivir.

Los aguardábamos
al borde del verano o a la entrada en tinieblas
del portal del invierno;

eran gente de paso
distinto y menudos modales
que gastaban la vida en malos aires
y la voz en excesos de humo y broncas
historias de dinero malsonante.

Siempre de aquellas charlas florecía
la nostalgia exquisita por lejanías y alturas
hasta que alguien nos bajaba
desde aquel cielo de nombres templados
que nos entretenían la lengua
cuando los deshuesábamos
antes de hacerlos arena en la tristeza
de nuestras habitaciones biensabidas.

LAS PRIMAS CARNALES

Su tremenda manera de atardecer
calladas; seda en los labios
y el lento hervor del pecho cada agosto.
Si lejanas, deseo;
y todo el cuerpo susto si dejaban
mi nombre resbalando en torno suyo.
Las templadas mentiras
dichas a media voz en lo más hondo
de aquellas reuniones familiares
entre resbaladizas lozas –bajo el cielo
inestable de otoño–.

Brasas

en vez de sueño luego.
Desde la luna un óxido
volcaba la amargura por sus trenzas
rizadas como el agua sin fe de algunos ríos.
Adiós y adiós. Los besos
marcados con la saña de lo que bien se sabe
perdido para siempre.
Aquella patria chica: la intemperie
de sus ojos como medallas jóvenes
que retuviesen agua en vez de brillo.
Palabras capturadas en películas,
molidas de repente por la risa y el llanto
sobre todo
de las moscas de octubre
pudriendo los membrillos, azulándolos
de una desesperada resina que vivía
para todo el invierno molestando
la condenada paz de las despensas.

ALCOBAS Y BODEGAS

I

Estaban en lo alto porque el gas del sueño
triunfa como la nata, temblando
y hacia arriba.

Subíamos nosotros
noche a noche
la escalera trizándonos
los pasos y los pasos.
Nos dejaba una mano
hasta mañana
frente a la espuma helada de unas habitaciones
donde otro cruel condado
salía a encasquillarnos los labios
con la cal agitada del aliento
antes de hundirse, también, en lo rotundo.

Nos hospedaba el miedo, su galope seguro
de subir a los ojos, de mojarnos el pelo
con la simpleza, con la menudencia
de un rumor de maderas desatándose. Hiriéndonos.

II

Fáciles de llorar, mínimos, quietos,
fracasados los dedos de tiniebla,
un lío de saliva nos venía
a recordar todo el sabor del hierro,
una gestión amarga entre los dientes.

Los demás nos buscaban: era el juego
hacernos invisibles
más allá de lo público,
donde manda lo huraño,
en la bodega oscura del comercio,
sin que la cercanía de quienes nos llamaban
removiese los modos de nuestro respirar
entrecortado, prieto, lleno de hilos.

No soportaban que el mundo fuese impar
sin nuestro griterío;
ni que supiéramos
asomarnos a un frío vestuario
donde alguien amasaba
los engrudos nocturnos de la desolación.

III

Alcobas y bodegas: ecos, juegos
donde el miedo era el premio, donde las sombras
daban compañía rara y un humo misterioso
nublaba hasta la pasta de los sueños.

MI PADRE SE HACE VIEJO

Pues ya lo ves, Tomás, que con el tiempo se desprende la fuerza de las piernas y los ojos apuran hasta el ansia el desastre moreno que es la luz cuando se pierde la tarde. Es otoño y no distingo bien en este tráfigo civil cómo tiritan las acacias para acabar de perder su bosque de hojas que se retiran humilladas a decorar la soledad de algunos escaparates en invierno. Mira qué difícil el pulso, y no consigo labrar un sueño entero que me alivie de la monotonía. Tengo miedo, además, cuando alcanzo noticias de que tiempos menos benignos vienen a enfriar las ciudades y a sus cúpulas desestimarlas vientos que cuartejan los labios que educaron otros climas más amables. Si vieras cómo tiemblo cuando me quedo a solas con la casa ahora, la casa chica donde hubo pasiones lentas, carne asustadiza que enderezaba un invisible cáñamo debajo de las perchas, en el cuarto de los baúles oscuros donde aún duran libros de inmortal tinta y olorosa escritura como aquél: *Patres Principes*.

Me cansan los asuntos, las rodillas
me arruinan si es que las lluvias percuten
como fustas de mimbre que en las tejas
decidiesen reunir en clamor sordo
otras aguas lejanas y hace tiempo
que el espejo me devuelve un deshielo:
el susto silencioso de las canas
ensabanándome. Por más que hostigo
la memoria, todo lo allegadizo
se va volviendo menos, cruza un flujo
las cosas y las pone en retirada
mortal de color sepia (como aquellas
revistas de viajes que nos turbaban
las siestas en agosto y daban frío).
Así que ya lo ves, sólo sé nombres
(Francisco, Eutimia, Narciso, Carmina),
nombres que desenvuelvo y sólo un rostro
común que los amuebla me contesta;
di tú cuanto he vivido, pon palabras
que enciendan otra vez años mojados
ahora por el olvido igual que leña
vana. Habla, pues, por mí. Di que es un pozo
que apenas atestigua, mi memoria,
mis labios nada pisan hace tanto
y empiezo a hablar de otro modo, hijo mío.

PORTAL NATAL

(Maternidad)

Íntima cavidad:
cómo te puebla mi pensar
sin obligarte a arder en ningún nombre,
sin dejarme entre los dos labios
la cera terrible y olorosa
de una voz que te signe
por siempre.

Nunca fue aquello huida;
acaso un ademán irresistible
hacia la luz
o el hondo apuro de quien abre
la hoja de las pestañas
y ve entrar, indefenso,
todas las lejanías a buscarlo.
Escondite falaz, local sin ánimo,
por qué no permitiste
mantenerme lleno de tu cobijo
allí, entre las gelatinas
y sombras de tus patios dormidos
donde hay palomas, nardos
que no mueren,
pues no han querido ser.

Mas el desorden de un tigre entre rosas
vino a sacarme entre músicas violentas
hasta estas aguas
que arrastran preguntas con sueños arrugados
–como caballos descoloridos ya–
hacia el silencio final,
hacia la escarcha errante
de una desolación incierta.

¡Todo en aquella orilla
sedas apaciguadas:
el frío de los principios,
la música amarilla de las mucosidades
y la sombra de los bajíos en calma
donde arden fósforos abolidos,
donde entrechocan como hielos ciegos
corporales limos!

Nada atropella el asco en su memoria.

Hay un deseo inconcreto de aquel orden.

Íntima cavidad:
dame otra vez tú sombra.

SIN ALIENTO

Allí en aquella casa se han quedado
silenciosas dos sombras. Las paredes
repite el calor que ahora han perdido
estos dos seres solos, lentos, leves,
que acomodan su voz a duras penas
a los adioses últimos. La frente
de uno de ellos es roca muda y fría
que despierta un gris polvo si remueve
los aires del pasado. Su mirada
es débil y caediza, no valiente
ya, y las manos son ceras sin la vida
que otro día yo les vi y ahora no encienden
la espesa oscuridad que las rodea
allá donde ellas tocan. Nada es breve
en esa casa remota y sin pasos
que la vistan de ruidos transparentes.
Y no hay risas que cieguen entre luces
el rastro ensombrecido de la muerte.
Todo está allí sin sol: el pan, la plata,
el tacto adormecido de los muebles,
las horas que desgranán los relojes
como si fueran sílabas de nieve.
Y, en medio, sombras mías (padre, madre)
con el sabor del miedo entre los dientes
y las cenizas agrias del pasado
llamando a la memoria como pueden.

EN LA FRONTERA

De dónde
sale el sueño.

Su hospitalaria lana amodorrada
–que se nos viene encima derribándolo
todo; desmintiéndolo
todo con su bajo alentar–, qué será...

...de dónde... y qué habrá luego...
...más allá de sus últimas orillas,
quemadas ya las flamas vivas de la memoria,
sufocado el deseo, fofas
sus telas locas...

...qué habrá entonces... ¿un reino
o el silencio?

Si pudiera, en el límite, escuchar una música
cierta o presenciar un rostro o pisar una vez
el otro lado
de hojarasca ardientes...

O ver adónde va tanta corriente
sin orden que la guíe,
sin techo que la pare.

Yo no lo sé; me dejo
azotar en esa red inútil de los párpados
que de pronto me pone
a vivir en la espalda de la luz
mientras el abandono
alcanza a los deseos,
mientras una escasez
todo lo va perdiendo
...las afiladas armas de los sentidos
y el vals menudo de la respiración...
...todo lo va ablandando

y cae de plano
—como en el agua entra la noche—
una mojada desfiguración.

ANTIGUA PERSONA CONOCIDA

Para llegar a verla en esta calle
con bazares de loza soñolienta
y gatos fatigados que administran
lo frío de los portales, he debido
antes desandar patios sin saberlo,
pasar de largo, equivocar adioses
y creer que huía cuando regresaba.
Se miran las fachadas, ni sospechan
si este beso es mortal o si algo sella
bajo su mal chasquido. Quiero hablar
y caen desiertos los nombres al suelo,
se borran por las alas las palabras
como agotados pájaros. Si al menos
cayese menos luz, luz más hundida
para creer lo mismo en otro reino
más asistido por el sueño... En cambio,
la plenitud añade más viveza
al dolor. Y después, el vientre abierto
que enseñan, corrompidas, las paredes
de húmedos destazados... Caen las trapas
y antiguos dependientes se apresuran
a descontar de nuevo el mismo número
de pasos que les trae cada mañana
aquí, donde hasta vuelve la cabeza
quien sabe que sólo va a dar al miedo
si ve que un hombre pone entre los ojos
la larga despedida a la que asisten
demacradas pensiones, gatos públicos...

DESMANTELAMIENTO DEL SÁBADO

Mientras me acerco a casa, y parece imposible que los sentidos puedan desentenderse al fin de lo último probado, recogido en la noche entre rostros cruzados por la luz del alcohol, por un humo que deja el aire emputecido de nostalgia en los bares, pienso en ti. No te veo mejor que veo a las huertas últimas que ya enfilo, ancladas en lo negro. Me lo impiden las ráfagas de escenas ya deshechas, pero que se resisten a aceptar la sentencia hermosa de lo efímero y me golpean y huyen como olas que cloquean contra el cantil. Mira que si nada fuera cierto –como pasa en los sueños, en las corolas de los fuegos artificiales que luego se hacen lágrimas– y tú no me aguardaras con el rostro enterrado, con el aliento absuelto de la respiración inocente y segura que te sube del pecho y casi lo hace hervir... mira que si estirase la piel y no estuvieras, la brújula del sexo se hubiese extraviado en un pozo sin fondo y sin regreso... Dime que sí lo entiendes, anda, que sabes que te quiero más si salgo a buscar peligros poderosos que en tu rostro no caben. Que comprendes lo oscuro de vivir resistiendo sobre un volcán abierto sin querer despertarlo ni ocultar entre nieves sus labios luminosos...

Hasta que los veloces paños del alba estallen y me desacrediten un poco más el rostro, quiero mirar en vilo la alta carrocería que hincha al cielo de luces, la ensalivada luna que íntimo empuja el pecho por los hoyos del río

y es el único cuerpo que aún me da la cara.

MUDANZA

Ya van a ser los días del abandono.
Las músicas de las tormentas, qué orden
eficaz de mugidos que bajasen
a llenar los insomnios de aventura
y de campanas muertas. Deslizarse
por los manteles de los calendarios
hacia atrás, hacia luces primordiales,
antes de que el vacío pueble estas salas
y entren en ellas ojos extranjeros.
A solas con la edad y la memoria,
el dulce estorbo del pasado abruma
y deja miel y sal en el aspecto
solar de las tarimas. Y hay canciones
secretas en la paz de los objetos,
sones traseros, rumores que aún mojan
rezagados la dicha o el dolor
(en todo tacto, fértil suena un tiempo).

Oirás pronto gemir, arrodillada,
la materia que actúa entre otras manos
industriales y ciegas, no citadas
para otra ceremonia que el vaciado
veloz. Te harás a un lado. Nadie sabe
que por la oscuridad de los camiones
la plata sueña aún penosamente.

EL DESVELADO

*Estas noches atán largas
para mí,
no solían ser así*
(Cancionero tradicional)

Ahí fuera todo arde: palabras juveniles
que entrechocan veloces como trenes sin rumbo,
largos trenes sin orden que deslumbran la noche,
la deslumbran, la ofenden igual que nieves agrias
que viniesen de lo alto a quemar.

Parpadean
aún sin sueño los rótulos prendidos en fachadas
–como frutas lejanas y quietas– de locales
jadeantes, donde palas remueven desde el techo
el cáñamo salobre de la respiración.
¿Desde qué rostro escapan –como íntimos emblemas
que en la huida estorbasen al soldado– estas voces
que alguien deja paradas frente a mí? ¿Quién arroja
a medio gastar aún cánticos de alegría
mientras busca otra música bajo hielos que danzan
en los vasos?

Y, mientras, la noche va cociéndose
amarga en este cuarto como un guiso que a nadie
hartase salvo a mí, el insomne absoluto
que en las sombras se enfunda y aguarda a que la luz
ponga primeras zanzas en el pecho del cielo.

LAS SIETE DE LA MAÑANA

Es el cuerpo,
es el cuerpo con su régimen de gestos
y su familia de claudicaciones
y sus honras de ruidos, de rumores
y de murmuraciones que ruedan
entre grasas y entre el oleaje
de los pulsos, flojos aún los timbales de sus cintas.
Es el cuerpo otra vez,
es el cuerpo que vuelve
a su sesión terrestre –roto el cielo
del sueño–
con sus guarniciones de sudor y vellos
candentes, su música de linfas
y con la cobertura de sus inflamaciones.

¿Sabes de qué te hablo,
viejo amigo?

Porque tú y yo viajamos desde siempre
bajo la ley de la misma campana,
un secuestro sereno
donde tú me custodias; donde yo te atropello
en el dulce aceptar
de sueños y de luces
que te propongo inquieto antes que el alba
me vuelva a sorprender fuera de ti.

¿Y a qué tanto enterizo custodiar?...
Si tú sabes de sobra
cómo siempre he regresado a tus íntimos salones
–a menudo numerados por el miedo
con sus tizas de plomo

o por la flor aguada de la debilidad—
y me he dejado encaminar a ciegas
por esa música tuya, llevadera
y sencilla,
entre las sedas de la confianza
y sin más equipaje que la sal inflamada de la edad.
Tienes tú lamentables apariencias, alfabetos
de arrugas, silenciosos crepúsculos
en torno de los ojos,
un coro presuroso de abdicaciones
y la pirueta ágil del olvido
si evocas tus ventajas de hace tiempo.
Pero, ¿ves?, no es el cuerpo el que envilece:
es al espíritu
a quien maceran con odio silencioso,
en cruenta sinfonía,
los usos y los años
y la condescendencia.
Hay, sí, un reino encogido
bajo los escombros donde aún sueñan
las eliminaciones y las pérdidas.
Reino de azúcar sola,
ruidos de infancia...

Pero ahora óyeme:
ésta es la voz de las aceptaciones
del orden de tus filos,
del falso beneficio de tus carencias,
de tus disgregaciones silenciosas.
Y aunque sé qué me espera almacenar
después que desembarquen las primeras salivas,
las primeras aguas avergonzadas que retire
ahora, cuando entre las piernas
empiezan a volar las mariposas
de la desconfianza,
deseo llegar a ti,
a la luz familiar de tu compañía,
a tus pelambres y a tu ruinoso alzado
de la cama.
Y volver a ocuparte,
cuerpo inseguro y mío,
como a una vieja calle sin respetos,
y volverte a palpar tus cantidades,
tus onzas, tus vejigas silvestres...
mientras arrancan turbias
las primeras palabras dormidas
de la boca.

Ciudadanía

(1997)

ESCAPAR(A)TE

Lo mejor es mirarlos al paso y de soslayo
como quien no decide despedirse e insiste
en aprender sus formas, brillando como el rayo
helado de una joya sobre un escote triste.

Fulgor de los objetos, como peces que encarga
el dulce latigazo de la envidia en los ojos:
¿No os ha pasado nunca?; la película amarga
de la vida os acusa de que habéis sido flojos

y, entonces, reclamáis las rosas amarillas
de la melancolía. Por las alcantarillas
de la tarde visitan a la memoria parches

que previenen la mala salud de lo perdido.
Y lo mojarán, todo, las lacas del olvido
cuando lo innumerable te ordene que te marches.

LA LENGUA DE LOS LUNES

Regresan siempre limpios, con los sueños distintos
y en los ojos el caldo de haber sido felices.
Sabén más. Hablan menos. Y le sacan matices
a la noche del sábado, aún hirviendo en recintos

que hace arder la memoria con sus aceites tiernos
sobre los que saben extender quietas toallas
de piedad que les libren las primeras batallas
y les pongan más fácil la luz de los inviernos.

No se habla igual los días de diario. Según viene
pisando la semana, así la voz retiene
cadáveres de sílabas, residuos de saliva

que quedaron indemnes tras secretas escenas
pero que ellos empuñan y reponen, apenas
llegan tristes los lunes con su luz agresiva.

CAJERAS

Nadie las reconoce si no es en el andar
tan poco apresurado con que vuelven a casa
y el reflujó en las ropas de un olor comercial

aún con esa sal triste de las numeraciones
a punto de cuadrar. Y no se sobreponen
–maquillaje abatido y el carmín ya en desorden–

si oyen en el abismo de las últimas calles
chapoteo de cocinas o rechinar de alambres,
y el llanto de unos niños les recuerda que es tarde.

Mujeres ensopadas por la melancolía.
El neón de los horarios difíciles lastima
su pelo con un óxido de bayoneta antigua.

EL HOMBRE TRANQUILO

En todas las ciudades hay un hombre sin fama,
de pasado perdido y trabajo entre mahones
de un taller donde brillan las chispas y las grasas
y calendarios turbios inflamando rincones;

un hombre que a diario remoja entre los dientes
la misma cantinela: fermentos de quejumbres
menores y constantes –anises que abren fiebres–
y un himno de propósitos sobre cambiar costumbres

a partir de mañana, cuando el sueño desdiga
la herida avinagrada del destino; él ya sabe
cómo un ángel aturde con un ruido de ortigas
cada tarde una historia de amor. Y cuando acabe

de escarbar en el pozo de la memoria abierta,
le convidará un nombre a agitar los dos labios
hinchados de repente, no sabe a ciencia cierta
si por frotar tan fuerte, si por llorar tan largo.

METALES SILVESTRES

(cementerio de coches)

Sus mascarones blancos, lisos, intoxicados
por los fusiles del olvido yacen en serie
como esos animales que, desafortunados,
cruzan las autopistas en pos de la intemperie

y aparecen a veces, tal iluminaciones
al borde de los campos. ¡Son visiones tan frías!
—como fumar de golpe en talleres u oír canciones
en la luz federal de las carbonerías—.

¿No os acercáis a verlos? Tienen asuntos vuestros
pendientes en el orden falaz de sus estambres
de aluminio, en el pulso de sus encías inertes.

¿O acaso no sabéis que hay recados siniestros
y venganzas sin hora y ruidos y calambres
en todo cuanto un día supo que éramos fuertes?

El que desordena

2006

Baja allí
a convocarlo
música de omisiones

y así lo encuentra,

previsto y a la escucha,

azotado por el aire amarillento
que atraviesan las pepitas oscuras de la noche.

A su alcance, los seres de la sombra
han perdido peligro:

manchas de decepción...

unos alrededores desvelados...

...y no otra cosa se agrega
a él.

Ni la extraña elaboración de las bendiciones
ni el escalofrío de las banderas y de las herramientas.

Ni llegan luces útiles de factoría

allí,

donde se paran los climas y los precios
descuidan los nombres de la exactitud,

allí
donde arde sólo la sangre
silenciosamente,
como arden los labios recién mordidos:

invitando a encender un poco
–un poco más–
el mundo.
Pierden allí la pista tallas y obligaciones,
bajo esa misma luz ácida y general
que queda en las ciudades tras las tardes
de lluvia,
cuando se apagan los usos de las cosas
y hay miedo material.

Y allí,
retirado y escaso,
bajo la isla absoluta de una lámpara,
los oídos cargados
y refrenado el sorbo de la respiración,
atusándose un modo de desaparecer,
defiende su verdad
el que no se conforma y rompe
los espejos,
el que abre por el centro las palabras
en busca de otra luz
y pulsa todos los timbres prohibidos,
el que olvida con esmero, el que no sabe parar
el asombro, el que decide que vence
cuando pierde
y aleja hacia los nombres de papel
aquello que más ama
para tenerlo cerca.

El que corrige a su propio aliento.

El que enciende la lengua

y desordena.

Esta ciudad,
llena de perros neutros y de árboles
contrarios y de estanques
con las aguas agrias y organizadas
por la lengua civil de los decretos,
guarda en sus censos nombres
de pájaros que estallan
entre empujones de alas
contra estatuas inflamadas por la moderación.

Que no es la mía.

Caen anillos
del cielo hasta esta calle
donde ramos de niebla descargan gases ávidos
y llegan a tocar con sus pezuñas blancas
los cristales parados en el atardecer
de las últimas instalaciones encendidas.
Anda por esta calle el documento seguro
de unos pasos que alguien mueve
hacia la duración y los encaminamientos.

Que no son míos.

Se ve la brusquedad en los labios
mojados de esta fachada.
Y una casa entre rentas de cenizas rozadas
por el ímpetu azul de la desgana.
Allí hay tijeretazos que ruedan
en cuartos donde se oye todavía el oleaje
de las murmuraciones. Manan de la memoria
estampas y hongos sobre nombres y álbumes
que obligan a lavarse a un invitado.

Que no soy yo.

No llaman al alivio por su nombre
los sueños que caen
en una cama conforme y movediza
a la vez, donde estalló el cristal del abandono.
Ésta que quiero ahora, ésta
que toco a tientas y escarbando
para encontrar las raspas finales de otro cuerpo
que detuvo la luz sobre las uñas
y propuso en la piel la huida hacia un pronombre.
Que no es conmigo.

Entra una muchedumbre y sus pinzas
finales en este corazón. Y todo cabe
en una única página
que sólo aprende quien tacha
en la memoria las trampas de los nombres
pero salva la música
de lo insólito, el compás de extrañeza que cada ser
escucha hasta que le unta
el lento lengüetazo de una Norma.
Que aquí no nombraré.

(capaz)

Reúne el valor exacto para empezar el día.
Con los primeros timbres, empiezan a quemarse
las fórmulas del sueño; y tú inicias las duras
cuestas de la mañana, brillantes y molestas
como miel del verano rezagada en los hombros.
A tu lado los nombres, las cifras caen a plomo.
Y el ruido de las calles: qué cruel mercadería
que hoy no entiendes.

Tú sigues con la dulce tormenta
de otro nombre en los labios.

Y empiezas a bajar
al fondo de la tarde, allá donde te aguardan
las paredes con sol de algunas calles últimas
que te dejan sin sueño si las miras de frente.

Al fin, rendido y simple, sabrás acomodarte
a las terminaciones: la noche y sus ofertas.
Y cuando te abandonen los sables del pudor
creerás que has sido, al menos, capaz de merecer
la rosa negativa que el día deja a la puerta
de los que no se rinden y saben que hay alivio
en recorrer a solas los palacios helados
del pensamiento, donde ya no hay convocatorias,
ni afán, ni compañía: sólo una longitud
de visitas terribles salta por la ventana
a reponer el mundo ahí, en los almacenes
fríos de lo habitual, donde alguien ha encendido
—capaz y sin permiso— la luz de la extrañeza.

Como entregue los ojos a la noche,
qué jardín violento
de cuerpos y de sombras llamados a lo oscuro.
Y luego,
qué de signos
que encienden la ciudad bañándola
en la leche
cortada del desorden.
Todo vale. Se entrechocan las manos
como fríos documentos
y sale entre las grasas blancas del olvido
otra disposición.

Cae

de los dados
el oleaje luminoso de la casualidad
y hay tigres muertos en las avenidas...

¡Ciudad, ciudad de noche,
recógeme en el aire feliz de tus escobas!
Y déjame en las manos
la herida atolondrada de lo que no conoce la quietud
en los nombres
ni el vinagre cautivo en los horarios
ni las mangueras horribles de la memoria,
que sueltan brea y fijeza
sobre los criaderos de la tranquilidad.

Las dulces estructuras de la casualidad
bajan a molestar el orden
de los catálogos,
la costumbre y sus mieles
dolorosas, la íntima quemadura de la exactitud
en las palabras...

Qué sé yo qué debiera responder
a su llamada, a sus costosos tonos que hablan
de libertad, no de fijezas.
¡Y cuándo cegaremos
para ver todo claro!
Contra espejos, contra números
sigue pendiente una revolución que empiece
en la niñez de la mirada y ponga a arder
de nuevo el alma en retirada de las cosas.
Entrad, entrad –y yo–
en el revés de los cálculos,
donde un jarabe frío sueña un jardín
de músicas confusas y extrañas
cantidades de hielo decimal.
¡Y que se rompan los ciclos y que se pudran
los zumos de lo neutro!
¿No habrá de salir aún aire sereno
de aquello que no es lujo
ni eficacia
ni grasa de medallas?
¿O verás sólo insectos de ojos intolerables,
que entran a fundar
con su exceso de estambres
todas las maneras de la acomodación?

Qué sé yo
pero... ahora,
ahora
ha bajado el azar con su misterio,
cae un crujido
de mantas descompuestas
y entra un rostro menudo e incorrecto
a reponer la vida
en el triste impuesto de las usanzas.
¿Y nadie lo comprueba? Escuchad:
levemente alguien pisa ya
sobre los anillos y los calendarios,
deja orina cociendo
en el aroma de los reglamentos
y trae bajo la lengua
lotes de desmesuras, puñados encendidos
de sal,
muelas silvestres
que rompen las juntas
por donde sale ya
este oleaje, este mugido
de luz que nadie se esperaba
como la mancha de una mañana
de pájaros calientes y navajas nerviosas.

Nosotros la veremos.

A esta ocupación sin reino
y sin señora.

(sueño de un himno)

Será como alcanzar los pabellones
de la gracia, sembrados una vez de ampollas
de oro hirviendo y de frutas fundamentales.
Saldremos
con antorchas grasientas de las lonjas,
iremos en legión inflamando los manantiales secos
y el pulso atormentado de las raíces.
Será una noche extraña, será una noche ardiente
con los cielos cargados de astros e insectos llameantes
sobre nuestras cabezas; será una noche sólo
y nosotros subiendo,
y nosotros subiendo...

subiendo
desde todas las ciudades del mundo, dejando atrás
inscripciones, terrazas y conductas de máquinas
y contratos y metales apacibles,
y la temperatura numeral
de las designaciones desdichadas...
Y arriba,
 más arriba,
donde no asusta el mimbre,
donde deja la nieve sus monedas rebeldes,
en lo alto acamparemos con canciones
y gestos que nadie detendrá. Y visitarán ángeles
la música de las hogueras, caerán con el frío repentino
de sus alas sobre los guisos y sobre los licores
de la redención.

 Y nadie tendrá miedo
jamás y una niña derramará
la poma del olvido en las últimas brasas,
antes de que se encuentren las arañas del alba
el festín de nuestros sueños, la confección caliente
de una diversidad.

Y así, sin filas ni discursos
ni andares numerados
irán llegando otros: su pisada sin sueño, su mirada otra vez
con el fuego de las invitaciones.

El aire quemará tal vez a nuestro paso
y arrojarán los árboles pájaros imprevistos.
Todo quedará atrás: la onda lejana
de las ciudades, el frío de los juzgados, la oscuridad
funeral de las pizarras, el calor comercial
que dan los matrimonios, el ruido de las clínicas
y de los censos.

Nosotros sólo hemos escuchado una palmada
universal y única
que nos puso en camino para fundar el aire
ya con tan poca infancia, tan lleno
de mentiras y de quistes
extraños como una desastrosa ocupación
(*químicos crímenes cénicos; ácidos himnos atlánticos*
que alguien ya anunciara
bajo el pavor de esta música misma
con aquellas otras palabras iniciales).

Ya es la hora. Enseñemos
nuestras irritaciones.
Habría que pedir cuentas,
¿pero cuándo lo haremos? Seguiremos de espaldas,
entre animales de sonrisa
sin fama.
No habrá edades ni razas ni funciones.
Tan sólo crecerá
lumbre desocupada entre los ojos.

Y cuando, al fin, lleguemos
hasta un puerto
claro como la luz de los limones y tendido

igual que un cuerpo abierto, antiguo de esperar
pero aún ardiente,
guardaremos la voz, pararemos
el pulso, notaremos el fondo enfurecido
de nuestros huesos,
y se estremecerán los escenarios y las cúpulas,
el valor remoto de las medallas
y el frío de las vendas y la saliva
destinada a mentir cada mañana

cuando de tanto silencio junto
salga a arrasar
la música de los débiles.

PASIÓN DEL DESENCUENTRO

Todo lugar es también un camino

ROBERTO JUARROZ

Llego siempre a buscar
lo que ya sólo se halla en la música
imposible de las despedidas,
en el dulce apagón de las equivocaciones.
Y ése es mi sino
y ésa es mi gloria: acertar
el corazón helado del silencio,
recoger con las manos una luz derrotada
como la que entra, íntima y torpe,
en las escuelas y en los balnearios achuchados
por el abandono
y el estremecimiento maldito de la lástima.

Las horas, con su fábula y su norma
de estructuras que sólo dan fijeza,
se llevan actos firmes y sólidos diversos.
Improbable materia de certeza.
Pero en el trámite
queda lo deshuesado para quien cree
que está el muestrario de la verdad
en las sustancias quietas del vacío,
en el sorbo que desclava
el revés enterrado de las actuaciones,

allá donde se mojan
de lágrimas finales
últimos adjetivos
que cuidan la tardanza,
que se desencaminan
y van a un desencuentro con las cosas.

HACIA CALLES PROPICIAS

¿Y por dónde –una vez–
volver a caer allí,
azúcar de la infancia?
A ver por qué
veredas nocturnas
rebaso la ciudad, sus piedras comerciales,
masticadas por los pasos perdidos
de quien baja entre sombras
hacia un centro
y abandona la luz
de los abundamientos y las válvulas
donde el deseo emprende su carrera.

Como una bollería podrida,
en medio de la noche
irán llegando los recuerdos rodando por el agua
lo mismo que cadáveres de apetito amarillo,
falsamente seguros
de estar vivos y bien documentados
en las bañeras frías de lo memorable.

No me han de cortar
el paso
estas llamadas. No daré cara
ni crédito
a este pasaje oscuro
que cada noche ensaya
una triste natación.
He de salir
hacia otra transparencia,
hacia aquel aire limpio de una casa
sin trampa,

con suerte en las paredes
y charcos de ceniza
que aún quedaba encendida tras los sueños
en las habitaciones
compartidas.

No sé, para pasar allí, qué enseñaría.

Dadme –si acaso–
un vaso de leche y una rosa.

ANIMAL PALADAR

Muerdo pájaros
entre los dientes y acepto su dulzura
ensangrentada,
la música tostada de sus huesos
que baja a atardecer entre las formas finales
de callarse los hombres.
Si supieran a algo más
que a sí mismos, si bajo el golpe
amargo de su ala
dieran otra explicación...
Pero sólo dan ruido de perdiciones
y luego callan,
pues ése era su idioma oscuro e inmediato.
Y sigo masticando.
Bajo calles, asalto plazas
frías como un aceite desvelado
y entra el amargor
aún con más entusiasmo en los alrededores
de mi lengua.

Abro la boca
y sólo canta la espesura.
Cae de la voz un incendio
de nociones desdentadas que se pierden
bajo el légamo lejano
de la memoria.
¿Pero no había plumas
y huesos atascados
y una música blanda de vísceras
golpeando hasta el abandono
lengua, memoria, dientes...?
Ah, no, no eran pájaros,

eran nombres,
nombres de latido perjudicado
por la antigüedad de su pisada,
nombres
que buscaban los labios que un día los compusieron
y que han llegado con su mojadura.

UNO QUE NO DESCANSA

De qué recado escapa éste que cada día
se refugia un momento en el bar, bebe sin modos
y luego continúa
reponiendo en los pasos un secreto
dibujo, el dibujo
amilanado de tanta poquedad
como hay ahora en su vida
estremecida de veteranía.

Él corre

y corre. Amarga
el aire en sus pulmones melancólicos
por la ley del tabaco y otra ley
aún más negra carboniza el filete indefenso
del corazón,
mas nada le importa
atravesar por las moderaciones
de esos otros que miran
las encendidas sortijas de su aliento.
Él sigue un rumbo incierto
—sin luz ni protocolo— de ocas desesperadas
y tacha de un golpe la norma de los párpados
y acomoda las muecas y las torceduras,
por si en la boca le cabe aún más silencio
(que luego le hará falta
cuando se cuele por el oscurecer,
descalza y defraudada,
la extraña tapicería de la edad).

Todos
lo sabemos: ese hombre no descansa
nunca
y apenas si se frota

con la musculatura de los sueños,
huye
de lo real endurecido
y pasa
a nuestro lado
empujando su oscura mercancía,
barriendo sombras de palabras, corrigiendo
con las manos
el malestar del aire.
Y sólo cuando él nos deja caemos
en la cuenta de que ya no hay nadie
en el local.
Nos hemos ido todos
con él,
que se lleva entre los dientes lo roto y lo sombrío
del día,
aguantado en la punta
de su respiración innumerable.

Hasta que ya no nos da misterio,
y miramos entonces sin miedo
a lo lejos y vemos,
entre remordimientos descompuestos,
su correría desentonada,
como si en el desorden de un palacio
se oyeran por igual
caballos,
la dulzura,
dimisiones.

NUEVAS PREOCUPACIONES

Ya no sé dónde dejar las palabras.
Sé
de dónde tomarlas
todavía:
del picor de las ortigas, del plasma
oscuro del aburrimiento, de las lágrimas
que cuelgan en los grifos mal cerrados.

Salvar estas palabras
como quien vigila sépalos de lejos.

Pero, luego, no sé dónde pararlas,
nadie dispone un círculo
de tierra
para que caigan con todo su aliento.
No hay para ellas
temperatura ni sitio
ni estimación.
No pertenecen a la fidelidad
de las consignas que abren puertas,
procuran hábitos y dejan boqueras
en las costuras de los labios,
manchados de esfuerzo oficial por nombrar
lo que se debe.

Más bien las saco de los apartaderos,
entro en la emoción
de la mugre,
en el aire salado de los vestuarios,
en el resplandor
de los roperos atascados, donde no esperan
paños calientes

sino lotes de lienzo amortizado.
Oigo crecer allí,
sin nombre aún,
las palabras.
Fría luz de mallas
las sostiene sólo y ya empiezan a hervir
(ya me escaldaría su masa caliente
y aún sin crédito,
su mordedura torrencial
que podría corregir toda una vida).

De allí
las voy tomando
y las repongo entre una lentitud de jugos
hasta que ganan miel
en sus nuevas junturas

(la gestión del poeta: rebuscar
por los suelos de la tarde
las palabras desechadas de los hombres).

Pero ellas,
descuadradas e insolventes,
continuarán ardiendo como frutos rodantes,
sigilosos,
que bajan por el río y desconocen
un destino que se va
de la lengua.

Y pasa junto a mí su alcohol soñado.

Oigo triunfar su música de fallos.

Nadie las busca.

DOLOR DE ANTELACIÓN

Si alguna vez tu nombre colgara en el aire
sus dos sílabas
y repetirlo fuera sólo nombrarte,
mas no acercarme a ti...

y bajase hasta los dedos nada más
un programa de heridas,
un frío de jabones desvelados...

(no me hago cuentas,
si llegan esos días...)

Pero ahora,
cuando alta grasa de labios calientes
me llama
hasta tus últimas grietas,
me baja a tus babas luminosas
y me deja delante
de la arena,
como quien suda entre jazmines,
sé que todavía no da la oscuridad
tres veces
sobre esta misma carne que curo
de los desagradados de la edad
entre el ahínco y sabias paradas,
con trucos
de saliva y con faroles
que inventan resplandores sólo por calentarnos
con la mecha de las prórrogas.

Y digo aún tu nombre
para que vivas en mi boca un poco
mejor,
para ponerte techo y cielo
fresco, y sacar más juntura
de esta contraria contabilidad que es numerar
tu longitud de pulpa humedecida,
donde aún no llega óxido.

Y aunque nuestros deseos van tomando
el color de las cervezas abandonadas
y ya se oyen bajar
como alimañas
las frutas limitadas que da el cuerpo
a cierta hora,
ven
todavía,
Ana,
a salvar con tu nombre
estos usos sombríos
de la lengua, cansada de engordar a solas
entre sebos que caen
de otras palabras secas
y golpean el mundo
desde una oscura obstinación.

Tú echa leña: aún hay vida
arramada como un sueño de leche
que hay que parar con pisotones blancos.

Y apóyate en mis huecos.
Frota tu cara contra lo improbable
y bésame
en mis defectos.

PARA MENOS MORIR

Poner de pie una canción
en una boca poco usada
parece fácil:
 ocupar un país
donde sólo lo blando sale al paso

(¿cómo va a molestar
lo que aún puede distinguir
curso y destino?).

* * *

Pero luego
los años hacen serrín
con el corazón de los recuerdos
y no llega transparencia
de los bordes helados de la memoria;
sus salivas ardientes, quién
las diría ahora,
cuando apenas cabe en la lengua
otra estatura
que la desorientación.

* * *

Aquello y esto.
 Ensayar un abrazo
desenfocado.
 Nata y sombra.

* * *

A veces, sin embargo,
por tanta perdición de realidad
¿no viene música?
¡Son
los días preferibles,
que quieren regresar
desde una ocultación!

Y no puedo pararlos y no puedo
estancar su determinación.
¡Clara calamidad el recordar
el agua por su sed!
Pero al menos salid, antiguos:
bien pensado, ya no caláis
con vuestra luz de entonces
que no me asusta
ahora,
tan mustia y perdedera:
¿qué puede ya despertar
a quien encontró postura
en el olvido?
 ¿Y cuándo es el lagarto
quien ha llamado al sol?

* * *

Sé poco de vosotros.
Tan sólo que pasasteis.

Como el aire de otoño sólo deja gaseosa
y frotaduras últimas
en las hojas más bajas de los álamos,
así sois ya vosotros
sobras de algún vislumbre:

lo que ya sólo vale
cuanto más se descuenta.

* * *

Y, sin embargo,
se exprime la memoria
y aún se oye
caer
vinagre retorcido...

* * *

...y cómo no iba a haber también entonces
un poco de locura
y un dulce aturdimiento ante lo inmundado.
Y a veces, a sabiendas, se aceptó la chatarra
en lugar de la plata. Y el humo
atormentado de las equivocaciones.

Y claro que hubo noches
y claro que hubo ajustes de cuentas
con la piel,
como el repaso de una canción
nunca bien aprendida,
hasta que el alba, esa mala madrina
que llama con las uñas asustadas
en los ojos de todos los amantes,
terminaba con todo.

¿Qué más?...

Ah, sí, la tregua
del sueño y su menuda población
que llega siempre del cielo
a dar miedo o a sacar dulzor
de la pequeña fábrica rota
del cuerpo, donde de pronto
la libertad
hace su sede.

Y ya lo creo que sí: se vieron
luces encendidas
en mitad del corazón... ¿y quién
las habría puesto allí?

Daba lo mismo.

Traían resplandores prestados
que dejaban consuelo
entre las húmedas barbas de la noche,
cuando todo lo envolvían las mantas negras
de la severidad.

* * *

Ya vale, ya.

Basta. Basta.

Sale frío del vientre
de tanto pensar
descuartizado.

Se esfuerza la memoria... *¿qué más,
qué más hubo?...*

...y ya nada contesta
allá en el fondo sin luz donde gotea
el olvido
sus aceites oscuros,
donde hosco hielo negro
va entrando
en los recuerdos
y los atasca como a un carro
en el fango

(como a este mismo poema,
aturdido,
inseguro,
entre música de grietas)

y los deja así, malentendidos
y en suspenso
igual que la cristalería de la saliva
salvada por momentos de caer
en las cisternas misteriosas del paladar.

Queda así entre las manos
un surtido de imágenes convulsas,
de razones y nombres,
de canciones
destazadas y de cuerpos
que un día tocamos,
que una vez conocimos
y que dieron alivio por un tiempo
a la memoria.

En las horas de más nieve.

Para menos morir.

ÚLTIMAS HORAS DE UN AÑO

No hay hora buena para decir la muerte.

Pero imaginarlo hoy, con el año hecho astillas
bajo esta luz municipal de limones sucios
en una plaza lloviznada y oscura de Madrid,
entre éstos
que ponen a cocer una petardería final
sobre flemones de nieve ya en las últimas
ventanas de diciembre,
no puede ser tan grave,
no puede ser tan fuerte.

Cierra el año sus alas como un ángel cansado
y todo se oscurece,
por más que alguien espante la noche
hacia lo alto con una puntería desesperada
que aleja nombres propios con sílabas de lágrimas.

Y los despiden mucho entre relámpagos,
como si nadie se atreviera a volver a soportar
su peso una vez más bajo la luz de otro año
nuevo.

¡Ox, ox!, suben así los nombres,
verticales y huidos como quien pierde suerte
en una tasación.

Se van *-jox, ox!*, sí-, pero ellos
volverán subidos en sus tronos, dispuestos a escupir
sus espumas silvestres, dispuestos a extender
sus facturas al oído como una mantequilla encarnizada.

Y aunque sigáis aquí
vosotros
ensuciando la nieve, su tocino asustado,
con ladridos de pólvora,
no han de faltar caminos de retorno
para lo que esta noche parece destinado
a no llegar nunca más
a molestarnos,

pues en toda estampida ya está escrito el regreso,
el gesto de ida y vuelta
de lo que abandonamos
pero viene otro día
a pedir las señales de un antiguo hospedaje.

¿Y no se las darás tú, oh, corazón
complicado de filas y de láminas,
de números bravíos y luces
de almacén,
de vislumbres, de trallazos
y del deseo de la extranjería?

COMO UNA INSINUACIÓN

Cuando escribes te manchas de ti mismo.

Y pones oscuridad y aire atacado
cuando respiras encima
de lo que nombras.

¿Es así?

Vas arrojando aliento de frente
a las palabras.

Una humedad violenta
las aleja como a un vuelo de aves insultadas
hasta la desorientación.

Eres el que ofusca. Eres el que atiende
las heridas con sal
y el que se remoja en las contradicciones.

He venido a por ti
entre lentas comadronas con la lengua rapada.
He venido a por ti
mas no entraré a buscarte.
Te espero en las afueras de los nombres,
allí se han desalado
de sí mismos
y sólo continúa por sus huesos la sombra
de una música.

Esto ya no consuela,
esto ya no consuela y debes aprender
otras maneras
de enjuagarte en los nombres,

como cuando se cruza un mercado
ya desmantelado
y sólo se propaga, por toda actividad,
la inversa inflamación
de desdecir.

Poemas inéditos

TOCA, TOCA MUDEZ

No tengo de mi lado al lenguaje.

Flores que no van a parte alguna
sino a llenar el aire de la tarde
de excedencia
igual que esos vilanos sin peso
ni carácter.

A veces reaparecen palabras
debajo de los muebles: huesos mondados
y sin color, como los sueños inofensivos.

Sentarse, entonces, a pelarlas.
Pelar palabras como quien espera hacer aceite
con toda la saliva estirada.

OBLIGACIÓN

Abre la boca y tira ya
las acumulaciones.

Aguas
tan retenidas mal pueden dar
otra cosa que olor y escarmientos.

Deja que, mal sentadas, pesen en ti sílabas
que ahora te visitan como pasos
suelos.

Ponlas afuera
lejos de los músculos, del ennegrecimiento.

FINALES DE VERANO

Furiosas mañanas rojas del verano, ¿qué nos dejasteis en vuestra dentellada?

Ahora estas otras son amarillentas como una cera usada y sin porvenir. Dulces aspas enfermas de septiembre, cómo descolgáis de su lugar canciones rojas, manzanas nocturnas y ruido de sandalias que se alejan.

LAS COSAS CLARAS

Presencias sumarísimas: la leche reventando como una barba blanca en la cazuela, la caída verdosa del aceite, el olor a contrariedad de la achicoria, la obscena liturgia de pelar las patatas, la fiebre en la garganta de los ajos que arden como uñas que volvieran a ser prisa y picor en las afueras de tus manos, tus manos actuando ahora hacia otra ganancia: la de las proporciones impecables.

Cosas claras de infancia. Tú entre todas.

BASTÓN

Es un bastón. El suyo. Ha venido
a parar aquí, un lugar
que aún no existía cuando él se fue.
Y eso lo hace todo
más extraño. Es como si el mundo
estuviera de pronto cosido
de otra manera: nuevos estambres,
nuevo recado de hilar
entre las cosas.
Y eso lo pone a él más lejos,
en un juego remoto de borrones perdidos.
Entonces aparece, irreal y brusco,
este bastón –el suyo–
sujeto entre dos ángulos de pared
como una novedad
pero que estaba antes que lo demás
en la vida, dejándose usar por sus manos,
capaces de empuñarlo
y luego frías
mientras iban de la duración a la quietud
como única solución blanca
y final.

Lo miro desde lejos y me salen preguntas
en los ojos: el número de pasos
que aún cabrán en sus anillos de madera seca,
las brozas impertinentes libradas
de las calles y aún pegadas
en la contera de caucho

y, también, si aún cuenta conmigo,
si me está esperando ahí como un pájaro
discreto y por ahora
sin dieta.

Paso junto a él y oigo, me parece
que lo oigo, un estertor.

¿y qué atestigua?

¿o qué garantiza?

(pájaro de otro cumpleaños)

ya te ha alcanzado la edad
de las añadiduras

madre

brotan soltura todavía
entre los brazos

y tienes por las sienas
ascuas perdidas y música
de pesadumbre

todo me lleva de nuevo a ti
hoy
como si aún fuera un niño,
un niño innumerable

va bajando la lejanía de los impedimentos

te advierten, te advierten

pero tú pones
aún sobre las cosas
paños de luz y exactos contratos desatados
del mundo

inaguantables y amplias
brillan, brillan
tus manos en mi noche

madre

Apéndices

CORRESPONDENCIAS

- CHURRERA CON MITONES, de *Los Pormenores* (Correspondencia con “Eterna vendedora” de *Amenaza en la fiesta*)

La primera luz que entraba en la habitación en las mañanas de invierno era en realidad un grito blanco como una herida que volaba de pronto en el aire. Descalzo y espantando marañas de pegamento por los ojos, un niño se asomaba al cristal del balcón para verla bajar, a ella, por la cuesta. Era Bene, la churrera. La señora Bene. De ella han quedado en su memoria un grito que convocaba los primeros barullos del amanecer y unos mitones hechos con simples bolsas de plástico con las que ella se defendía los antebrazos y las manos, siempre excitadas y rojas por los sabañones durante los meses del invierno.

Gruesa y lenta en el andar, caía su anuncio estirado en la voz —una voz de aguardiente rabioso— sobre el último humo de los sueños. Y mujeres y niños bajaban con una moneda y un plato de porcelana a los portales. Allí la esperaban, con la puerta entreabierta y una lujosa tajada de intimidad arrancada de una cama caliente. Y allí aparecía ella. Apoyaba su carro del todo en el suelo, alzaba faldones de periódico y hojas de hule que cubrían la mercancía, recogía el plato y cargaba en él churros y buñuelos, maneras de lograr los primeros consuelos grasientos del día.

¿Qué subíamos a casa, entonces, por las escaleras? A veces el niño pensaba que el oro de los churros no era sino los dedos de Bene, que crecerían por la noche sin parar y

ella debía cortar y cortar una y otra vez para entregármolos y darnos valor para ensayar el mínimo ballet amargo del despertar.

Como esos moluscos capaces de regenerarse a partir de una sección, los dedos de la churrera tendrían esa misma función numerosa. Y bajo los mitones de plástico, un prodigio sucedía cada amanecer. No era posible que hubiera tanta carga en el carro. Sólo que llegábamos llenos de sueño ante aquella mujer y nunca nos enterábamos de que aquel ruido de sifones nerviosos salía en realidad de sus dedos, sus dedos siempre ardiendo cuando aparecían un momento sobre aquel doble invernadero de unos mitones a duras penas apañados.

También entonces debíamos haber entendido su grito, el grito blanco y roto que de vez en cuando partía el aire como la cáscara crujiente de un fruto –frutos de sartén, así se les conoce, ¿no?– que sólo viene a poner en el corazón desvalido de los recién levantados compañía y temperatura.

- UNO QUE NO DESCANSA de *Los pormenores* (correspondencia con “Uno que no descansa” de *El que desordena*)

Vuelvo a verlo anoche en el bar. Nos invitamos los dos a vino. Llegaba corriendo, como siempre, bien abrigado entre camisetas de felpa y refajos improvisados y su cinta azul de siempre en la frente. Enseguida pegamos la hebra. Ha tenido –me dice por fin– siete accidentes con el coche. En uno de ellos mató a un chico que iba con él. Le cambia la mirada. Levanta mucho el cuello de repente, como si también quisiera huir ahí parado. Luego sigue hablándome. Tiene varices en el vientre. Y cirrosis. “*Ahora sólo bebo vino peleón. Ya bebí todo lo mío*”. Apenas fuma y sólo saca tabaco después de un buen rato. Espero a que termine el pitillo y salimos juntos a la noche helada de

diciembre. “Seguimos viéndonos”, le digo mientras él empieza a correr hasta que se lo traga la oscuridad.

- Texto de *Para qué sirven los charcos*, p. 81 (Correspondencia con “Bastón” (poema inédito))

Ya se ha ido. En la casa busco lo que él vio todavía, lo que utilizó, lo que le sirvió en los últimos días de su vida: el rollo de papel higiénico con el que se limpiaba aún es el mismo; las colonias de los frascos permanecen dolorosamente ahí encerradas; la tinta de los bolígrafos, los recibos a su nombre, las zapatillas ahormadas por sus pies igual que embarcaciones hinchadas por la madera mal calafateada. Mientras esos testigos continúen, él no se habrá ido del todo.

- Textos de *Para qué sirven los charcos*, pp. 104 y 108 (Correspondencia con “Mudanza” de *En familia*)

Agotamientos: la última bombona de butano, la última botella de vinagre, el último recibo de la casa, el último jabón. Y luego ¿qué? Todo ha de irse cumpliendo: el último sueño, las últimas campanadas del reloj en el salón, la última cerilla, el último café, la última palabra, el último peldaño, la última mirada desde lo lejos. Entonces ya no será mi casa nunca más. Qué mes de adioses donde todo es último.

Los empleados de la empresa de mudanzas nunca sabrán que aquel paquete que pesaba tanto sólo contenía sueños y deseos.

- ENTONCES ERA ENTONCES, de *Los pormenores* (Correspondencia con “Casa sola” de *Amenaza en la fiesta* y “Sin aliento” de *En familia*).

Era tal la cantidad de transparencia que las cosas tenían en aquellos tiempos que a todo lo invadía la confusión y la debilidad. Rodaban los sentidos, tomados por un fulgor excesivo que acababa rindiéndolos y los enviaba a la desorientación. Venían así hacia nosotros las mordeduras de las impertinencias.

Eran los años de la casa familiar. La casa: Rumores siempre de sumandos. El oscuro murmullo de los decimales en los precios. Sumar y seguir. Coser y contar. Olores comerciales. Abrir y cerrar todo. Las trapas y las puertas. La música de los tirafondos en los cajones y la sabiduría de los envoltorios para poner a dormir un poco más las cosas sin arañarlas. Los años de la casa, tensa como una fruta recién metida en la boca que sólo se apaciguaba si caía la cáscara sobre los contratos de los sueños. Olores honrados y hoscos. A pez. A cuero quieto. La casa, la casa: escalones forrados de hules flatulentos que pisábamos fuerte, con la gula de quien supone que algún día en vez de aire muerto se levantará la melodía de una redención.

Y nos untábamos las manos con aceite para que no parasen en ellas las cosas demasiado. Todo eran transacciones, todo deslizamientos. Entonces era entonces.

Y luego salimos de la casa en busca de lo propio.

- EL REGALO, de *Los Pormenores* (correspondencia con “Pájaro de otro cumpleaños”, inédito).

Es verdad que sus recados ya no parecen de este mundo. Y que las pequeñas fallas de la memoria le zaran-dean los recuerdos en un traqueteo de repeticiones que uno escucha pacientemente, casi con la misma paciencia

que ella usó para esperarme despierta y asustada muchas noches de mi juventud. La vejez está en ella abriendo ya el paso a la ancianidad, esa modulación en la que es posible extraer dignidad de la precariedad.

Pero es un regalo que nunca sospeché éste de poder decir a mi edad todavía cuando despido una conversación telefónica la palabra “madre”.

- Fragmento de “Tratado de comercio”, incluido en *Sakvo error u omisión* y, posteriormente, en la novela *Calle Feria* (correspondencia con “Cajeras” de *Ciudadanía*).

Y de entre aquellos habitantes de la calle ahora preferimos hablar de los dependientes, que circulaban por ella de otra manera, con el paso vivo, acostumbrado a la urgencia del recado, y la mirada achinada de quien sólo domina las cortas distancias y lleva toda la vida de bruces sobre la madera oscura y atascada de los mostradores. El pintor José María Mezquita ha sabido ver resplandores y escuchar latidos en esas tiendas que parecían dominadas tan sólo por el ángel de lo inerte.

De ellas salían y entraban, con una soltura sólo equiparable a la de los camareros, aquellos hombres cuyo destino sabían ligado al del propio comercio al que entregaban su vida. A veces se les veía fumar despacio, en el vacío entre dos clientes, contemplando desde la penumbra el rectángulo de calle que se dejaba ver a través de los cristales. Parecían entonces antiguos marineros escarmentados, que escarbaban llenos de sueño con su mirada el mar desde el puente de su nave, por si viesan vislumbres de lo que les depararía el destino. También a ellos los vimos frecuentemente así, con un cabo de lápiz en la oreja y la postura en jarras, quietos y deslumbrados un momento por algo que parecía ensimismarlos, algo que pudiera

revelarles de pronto la cantidad de conformidad que iba llenando sus vidas siempre rozadas del aliento acre de los cartonajes, comparable sólo a los alrededores estropajosos del esparto.

- ENTRE TROPEZONES, incluido en *Los pormenores* (correspondencia con “Nuevas preocupaciones” de *El que desoderna*).

Se me comunica –más de cuatro años después de haberlo entregado– que mi libro de poemas no saldrá porque la editorial desaparece. ¿Y qué le voy a hacer? El mester de publicar contrae estos riesgos que el poeta ha de esperar siempre, por si acaso. Y las editoriales pequeñas, tan heroicas, tan débiles como animalillos expuestos a las inclemencias y a la voracidad, viven en esa incertidumbre..., mientras viven. Parte del sentido de un poema es precisamente aceptar esa fragilidad. Así que otra vez con las maletas en la calle. Nada que no avisara un poema del propio libro, “Nuevas preocupaciones”, como quien ya llevaba al trabajo desde el principio una carta de despido en el bolsillo. Pero recordemos a Kafka cuando se dirige a Wolf, su editor: “*Siempre le estaré más agradecido por la devolución de mis manuscritos que por su publicación*”.

MÚSICA DE ASTILLAS

Aprendió a escribir en otro idioma. No quería ahogarse con la propia lengua. Era un poeta.

Las dos posturas

El retórico: “Qué bien me está quedando”

El poeta: “Adónde iré a parar”

Harapiento

Ya no es que tenga la certidumbre absoluta de que nunca más voy a saber escribir poesía; es que cada vez me pregunto más si fui yo quien alguna vez la escribí, pues me parece que fue otro el autor de todos mis versos. ¿Mis versos?

Extrañeza

El poeta experimenta una doble extrañeza que le invade insoportablemente. A la extrañeza ante la inmediatez convertida en lejanía irreconocible por mor de la mirada se une la extrañeza ante las palabras, que de pronto se invisten de una enigmática oscuridad, de la misma dificultad que tiene un guante vuelto del revés.

El poeta también existe en lo que le falta.

Llegar. Ése es también el verbo del poeta. Llegar. Sólo que el poeta parte del propio punto al que quiere llegar. Su itinerario poético no es una extensión; es una reflexión. Su travesía no es rectilínea; es un bucle que reúne origen y destino en un solo punto. Y ello explica, entre otras cuestiones, que el poeta experimente nostalgia de lo que nunca le ha pertenecido: “Lo mío –parece decir– es siempre lo otro”.

Por fin, él se calma en el silencio, justo cuando las palabras cobran total realidad. La certeza del poema llega cuando el poeta no lo comprende y sale al exterior de las palabras. A respirar.

Lo mismo de otro modo

Es poeta quien siempre está preparado para el abandono de las palabras, y no el que cada mañana sale a buscarlas para llevarlas –lo quieran ellas o no– al papel.

Lenguaje y voz

Un poeta ha de escribir siempre de lo que conoce, no de lo que sabe. Lo que sabe le estorba; lo que conoce le parece territorio firme donde asentar la voz... para perderse

La poesía: ese lenguaje esencial lleno de palabras accidentales.

Detrás de los lápices

Quien se coloca en el bolsillo anterior de la chaqueta un lápiz no quiere exhibirlo. Sólo pretende esconderse tras él para que el mundo no le vea.

El santo oficio

Como tantos otros, el poeta no es más que un contratado a tiempo parcial (*a Aldo*).

El poeta confunde las dos grandes formas de la invisibilidad: lo oculto y lo evidente.

En poesía el presente está hecho de Memoria y de Suposiciones. Es un presente revitalizado en el coma de la incertidumbre: aguanoso y escurridizo, como quien pulsa un trozo de nieve entre las manos.

De otra manera

El poeta quiere estar siempre cerca de las cosas. También de las desechadas, de las peligrosas, de las inadvertidas, de las perseguidas por los azotes del hombre y las inclemencias.

Él se pone cerca de ellas, y canta.

“Por fin *sé* escribir”, dijo aquél que quería ser poeta. Era el justo momento de dejarlo.

De temps en temps

A veces sucedía así: el poema se te aparecía en un vaho inicial (una imagen, un verso, una simple palabra flotante) y tú lo aceptabas con cierta fe en esa luminosa incertidumbre. Pero lo demás corría por tu cuenta y entonces tenías que ser tú el que conducías a las palabras hasta que les dabas reposo y destino.

Creas así que has cumplido bien tu tarea pero sólo lo sabrás del todo mucho después, cuando el frío y el tiempo obren sobre lo escrito y mires a lo lejos tus palabras. ¿Se arrastraron bien hasta donde el silencio había salido a esperarlas? Nunca sabías.

Poética y semilla

Debajo de esas primeras versiones del poema está el poema. Las palabras, primero, están destinadas a encubrir, no a desvelar. Y luego hay que irlas abriendo. Unas sí y otras no; unas del todo y otras en parte. Allá abajo, ¿puedes ver las verdaderas palabras del poema? Sácalas. Unas a pellizcos y otras a machetazos. Ponlas en la epidermis indefensa del poema. Donde estaban las otras. Y prueba a ver si aguantan esa intemperie. Y, sobre todo, cuando te alejes del poema por vez primera no te digas a ti mismo: “Buen trabajo”. Nunca sabrás si aún esas palabras te pedirán cuentas.

Con Mallarmé

El poeta descarga a las palabras de su sombra, la sombra de lo usual, de lo actual y de lo histórico. Pero lo que parecía iba a ser desperdicio –la sombra, esa sombra– de viene esencial y es lo que aparece en el poema.

¿Cuándo *cae* en la escritura el poeta? Cuando el lenguaje se convierte en voz.

Cuánto ruido

Si sucediese que hubiera en esta época poca poesía, y por ende pocos poetas, su escasez supondría una inadvertencia general, como ocurre con los fenómenos humanos que se pierden en discretas ocultaciones (un oficio a punto de acabarse, una costumbre relegada...). Pero es peor aún lo que ahora ocurre: hay mucha poesía extendida en el mercado pero pocos poetas, lo que propaga la creencia de que el poeta es otro ser productivo –y no *rara avis*, como Valente dice–; así, su ejercicio entra de lleno en el catálogo de las obligaciones sociales y los usos de la colectividad, como las oposiciones o los deportes.

Pero no es éste el lugar de la poesía, y hay que seguir resistiendo en el aire lejos de plataformas y cenáculos.

Poesía: lo que no se escribe, lo que se secreta. Poesía: sé secreta.

La carta de Poe

Las dos maneras de la invisibilidad: lo oculto y lo evidente. Para el poeta, una evidencia es siempre una ocultación a ojos vista.

Ni principio ni fin

Ya sabíamos (Valéry, Paz) que los poemas nunca se terminan sino que se abandonan. Acaso también convenga

decir que tampoco se empiezan sino que uno se sube en marcha a ellos, como a un autobús imprevisto del que luego hay que bajarse sin más explicación.

Ésta es la razón del verdadero fragmentarismo de la poesía. De toda poesía.

Se nombran las realidades para separarse de ellas. Sólo el poeta debe nombrar todo de nuevo y aprovechar esas mismas palabras para unirse radicalmente a las cosas. Ésa y no otra es su labor.

“Todo texto no es más que un alfabeto desordenado” (JOAN BROSSA)

DOS FRAGMENTOS PARA UNA POÉTICA

[...] En lo que a mí concierne, mi primera señal consciente de que las palabras podrían poseerme por su simple aparición se remonta a mi infancia zamorana. Ya he contado en alguna ocasión cómo fue en el espejo de la barbería a la que acompañaba a afeitarse a mi abuelo materno donde el maestro barbero me desveló que las palabras tenían revés (aún me veo a mí mismo sosteniendo atónito un papel con una frase que aquel hombre había volcado inversamente escrita para que sólo pudiera desvelarse así, de cara al espejo). Aquella broma fue para mí, sin embargo, un descubrimiento revelador que me dejó indefenso ante las palabras, ante su poder de sugestión y ante su capacidad de extrañeza. Indefenso y extraño. Así me he encontrado siempre, hasta hoy, ante la poesía, que enseguida fue la manera que encontré de que aquella doble extrañeza mía ante las cosas y ante las palabras permaneciese caliente un poco más. [...]

En cuanto a otras consideraciones, sólo quisiera repetir algunas certezas que se me han ido imponiendo por el camino de estos veinte años de escritura poética desde que publiqué mi primer libro al alimón con Ezequías Blanco. La primera es que sólo creo en la poesía como en un lenguaje que mira hacia lo imposible, y ajeno por tanto a la circulación literaria; asimismo, creo en el poeta como persona y no como personaje antepuesto a su propia creación; esto es: los poemas se aparecen, se revelan, y nada más podemos manosearlos hasta creer que hemos conseguido algo, pero lo único que hemos hecho siempre al escribirlos es pisotear espuma, traducirlo todo a un descascarillamiento en el esfuerzo por no perder del todo aquella inicial manifestación.

Algo semejante ocurre con otros binomios que merecería la pena esclarecer un poco; pero el lector –ya cansado sin duda, si hasta aquí se atrevió a seguir– no lo agradecería, y en todo caso no sabría yo especular con tino sobre ello. Solamente recordaré a modo de ejemplo que claridad y oscuridad, dificultad y sencillez, opacidad y transparencia, memoria y olvido, intimidad y distancia son pares engañosos que en poesía se miden en grado contrario, se buscan en su revés, justo como yo encontré un día de mi infancia aquel letrero revelado por fin en el espejo brillante de una barbería.

(1999)

- Antología *Detrás de los lápices. Por detrás dos lápiz*, Lisboa, Edições Fluviais, 2001.

[...] En cuanto al poema, me sirve aún “Aprendizajes”, que incluí en 1985 en *La secreta labor de cinco inviernos*. ¿Se me creerá si digo que no lo escribí con intención programática ninguna? Sólo después me di cuenta de que en él estaba contenida una mirada y una posición ante el

mundo, que comenzaban por una negación frontal a lo consabido y que terminaban eligiendo las formas de lo inadvertido, de lo provisional, de lo intermedio como soluciones para despedazar las leyes de la corrección, que tanto han empequeñecido a la persona. “*Sirvo para que las cosas se vean*”, dice Sophia de Mello, mi admirada poeta portuguesa. Y así sigue siendo: estoy convencido de que la poesía es el lenguaje que desordena la mirada y enseña a ver el resplandor de los seres y los objetos, un resplandor más allá de su función, de su utilidad lamentable, de su prestigio desteñido por el uso o por la reputación social que los clérigos del mundo puedan haberle otorgado.

Índice

PALABRAS EN LA CALLE FERIA.....	7
JOSÉ MANUEL TRABADO CABADO	
BIBLIOGRAFÍA	41
NOTAS SOBRE LA PRESENTE ANTOLOGÍA.....	45
<i>Amenaza en la fiesta</i>	47
AMENAZA PRIMERA.....	49
BASURA	50
CASA SOLA	51
VELADAS AMENAZAS	52
TANGO DEL TORPE	53
LA LENGUA ES UN HIMNO OSCURO QUE NO CRECE	55
ETERNA VENDEDORA.....	57
DIÁLOGO EN LAS COSAS.....	59
LOS ÚLTIMOS RECURSOS.....	61
<i>La secreta labor de cinco inviernos</i>	63
POÉTICA DE INVIERNO	65
JUEGOS DE AZAR.....	67
INICIOS DE INVIERNO.....	69
LOS AÑOS Y EL TABACO.....	71
FIDELIDAD	73
LA MEJOR ESTACIÓN	74
AQUELLA CIUDAD OSCURA COMO UN TRUENO.....	76
APRENDIZAJES.....	80
ABRIL. EJERCICIOS DE ESTILO.....	81
DELICATESSE	82
ULTIMATUM.....	83
CONCLUSIÓN Y RECuento.....	84
COMARCA LEVANTADA A UN SOLO GRITO.....	85

<i>Vida del topo</i>	89
(el álbum del placer).....	91
(lo menudo).....	92
(escaparates).....	93
(calle en fiestas).....	94
(la puerta de hierro).....	95
(habitación 1231)	96
(retracción)	97
 <i>En familia</i>	 99
GENEALOGÍA	101
LOS LEJANOS PARIENTES	102
LAS PRIMAS CARNALES.....	103
ALCOBAS Y BODEGAS	104
MI PADRE SE HACE VIEJO.....	106
PORTAL NATAL.....	108
SIN ALIENTO	110
EN LA FRONTERA	111
ANTIGUA PERSONA CONOCIDA.....	113
DESMANTELAMIENTO DEL SÁBADO	114
MUDANZA.....	115
EL DESVELADO.....	116
LAS SIETE DE LA MAÑANA.....	117
 <i>Ciudadanía</i>	 121
ESCAPAR(A)TE	123
LA LENGUA DE LOS LUNES	124
CAJERAS.....	125
EL HOMBRE TRANQUILO	126
METALES SILVESTRES.....	127
 <i>El que desordena</i>	 129
Baja allí	131
Esta ciudad,.....	133
(capaz).....	135
Como entregue los ojos a la noche,.....	136
Las dulces estructuras de la casualidad	137
(<i>sueño de un himno</i>).....	139
PASIÓN DEL DESENCUENTRO.....	142
HACIA CALLES PROPICIAS	143
ANIMAL PALADAR.....	145

UNO QUE NO DESCANSA	147
NUEVAS PREOCUPACIONES	149
DOLOR DE ANTELACIÓN.....	151
PARA MENOS MORIR.....	154
ÚLTIMAS HORAS DE UN AÑO.....	159
COMO UNA INSINUACIÓN	161
<i>Poemas inéditos</i>	<i>163</i>
TOCA, TOCA MUDEZ	165
OBLIGACIÓN.....	166
FINALES DE VERANO.....	167
LAS COSAS CLARAS.....	168
BASTÓN.....	169
(pájaro de otro cumpleaños).....	171
<i>Apéndices</i>	<i>173</i>

ISBN 978-84-7797-315-7



9 788477 973157



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones